

20

La Revista de Santander



Tomo Primero

Santander

1 9 3 0

ÍNDICE



	PGS.		PGS.
Artigas, Miguel.		Diego, Gerardo.	
Peregrinos (D. Pedro Salinas, D. Fernando de los Ríos y D. Eugenio d'Ors.	94	Fábula de Equis y Zeda.	31
Los cursos de verano en Santander.	311	Viacrucis.	97
Barreda, Fernando.		Escalante, Amós de.	
Motivos artísticos en documentos mercantiles referentes a Santander durante los sesenta primeros años del siglo XIX.	204	El sauce llorón (poesía)	14
El Sardinero.	260	Riancho juzgado por..... en 1877.	62
Barreda, Luis de.		Espina, Concha.	
Inquietud.	22	Naufragio (poesía).	79
Berges, Consuelo.		Niña (Romance español).	297
Concha Espina y las mujeres americanas.	132	Fresnedo de la Calzada, Julián.	
Cabrero y Mons, José.		Santander en el siglo XVIII	49
Agustín Riancho y Gómez. Algunos datos sobre la vida del pintor, según relatos de él mismo.	57	G. Camino y Aguirre, Francisco.	
Cancio, Jesús.		Viejas estampas de mar	24
Romance del patache abandonado.	157	Santander durante la guerra de la Independencia	120
Casanueva, Arturo.		Viñetas de Santander en el siglo XIX	242
Estación XIV (del Vía Crucis rojo).	34	Gutiérrez Solana, José.	
Córdova y Oña, Sixto.		Elogio de las capeas	16
Del Cancionero Montañés.	163	La feria de Santander.	307
Cossío, Francisco de.		Lomba, José R.	
Memoria de Pito Salces.	188	Un aperitivo literario	193
Cossío, José María de.		López-Argüello, Alberto.	
Bajo la enseñanza de don Bernardino de Escalante.	1	Catedral gótica (Soneto).	85
Emilio Barral modela en la Montaña.	91	Llano, Manuel.	
Toros en Santander.	288	Las Anjanas de Valdáliga	86
Cubría Sáinz, Francisco.		Los diamantes del bien y del mal y las mozas del agua	214
El beso perdido.	228	Maza Solano, Tomás.	
Díaz Caneja, Emilio.		El grabado de Santander de la obra de Braun y sus reproducciones.	4
La lección del Marqués.	35	Fuentes para la Historia de la Montaña: El Catastro de Ensenada.	168
		Santander en la Historia de las Comunidades de Castilla. Un episodio	233
		Algunas fiestas de antaño en nuestra provincia	271

	PGS.		PGS.
Menéndez Pelayo, Marcelino.		Serna, Ramón de la.	
Descripción de Santander traducida por don....., de la que publicó Jorge Braun en su obra <i>Civitates Orbis Terrarum</i> .	9	Esquela de Madrid.—«Andrenio». . . .	46
Miranda, Laureano.		Serna, Víctor de la.	
La exposición de un genuino pintor montañés	136	La Peña de Carranceja.	41
Ortiz de la Torre, Elías.		Silió, Evaristo.	
Viñeta romántica de los pasiegos. . . .	111	Contestación. (A mi querido amigo Enrique Gutiérrez Cueto).	176
Riancho, Agustín.		Solano, Ramón de.	
Breve epistolario de.....,	65	El ayer santanderino.	178-216
Río Sáinz, José del.		Torre, Matilde de la.	
Jornadas montañesas.	43	La ciudad nueva.	160
Ruano, el Monroe de la Montaña. . . .	88	Torriente, Gabriel de la.	
Las regatas y el pueblo.	303	La instalación de Santander en el Concurso nacional de ganados de 1930. .	238
Santa Marina, Luys.		Velarde, Alfredo.	
Retablo de Reina Isabel.	81	Cuello de pajarita y pintura negra. Solana.	145
Retablo de Reina Isabel. Dos que murieron en Granada.	199	Zuazagoitia, Joaquín.	
		El paisajista Riancho.	76
		Libros de nuestra Montaña.	47-96-143-191

LA REVISTA DE SANTANDER

1930

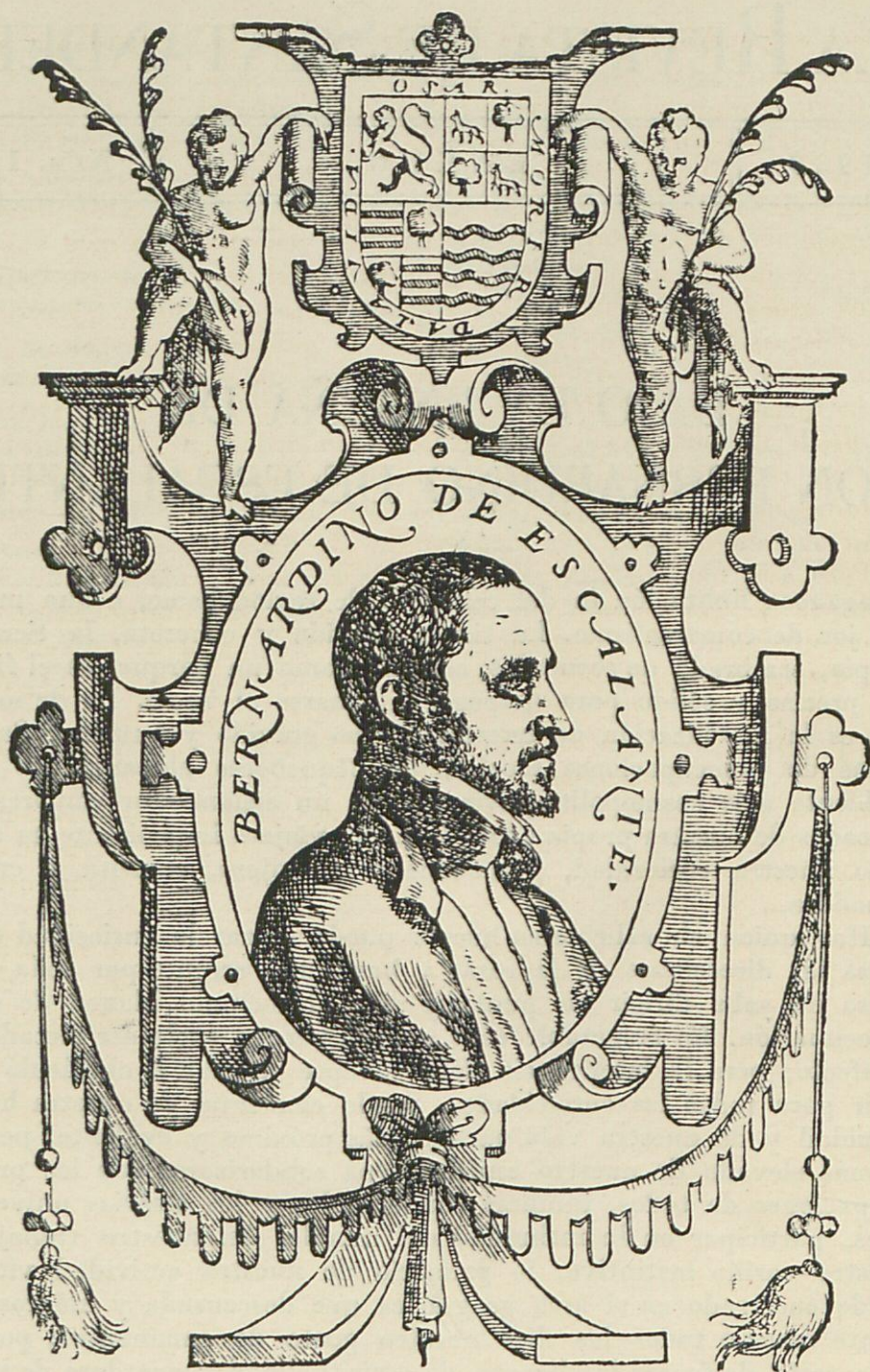
ENERO

Núm. 1

BAJO LA ENSEÑA DE DON BERNARDINO DE ESCALANTE

Engañosa limitación la del concepto de regionalismo, o aun mejor de comarcalismo. La tierra definida y concreta, la tierra propia, sembrada de recuerdos, cercada como un parque, es el firme preciso y sólido para despegar y lanzarse al vuelo. Lo de menos es la movilización de nuestro cuerpo grávido y humano. Cargados de preocupaciones locales, de pequeñeces aldeanas, en el ambiente más cosmopolita viviremos en un aislamiento comarcal, rodeados de nuestra propia atmósfera. La viajera impenitente ha de serlo nuestra curiosidad, permeable y esponjosa, resuelta y empapadora.

Hay quien sin salir de su huerto puede lanzar la curiosidad en todas las direcciones de la rosa; y hay quien errante por toda la tierra no sabe dirigir su puntería sino al menudo blanco de su preocupación. Es respetable esta actitud porque suele ser dictador el afecto; pero la inteligencia debe siempre superar el obstáculo y vivir para todas las curiosidades. Sea lo elemental de nuestra humanidad y de nuestra vida para lo más próximo y evidente, pero lo más elevado de nuestro espíritu sepa solidarizarse con las preocupaciones de todos, fundirse con el dolor y las alegrías universales, participar en la intimidad del mundo. Así nuestro trabajo, nuestro cariño instintivo, lo primario de nuestra actividad vital quede encerrado en el área geográfica que descansada y amorosamente recorre todos los días nuestro gusto de caminantes; pero todo resto de fuerza inteligente, de espiritualidad superadora de los meros impulsos vitales, atienda a los estímulos, a las llamadas de



todos los panoramas del arte y de la vida, de la actualidad y de la historia.

Buen ejemplo el de aquel gran paisano nuestro D. Bernardino de Escalante, que siempre gustó de poner su título de beneficiado de Laredo, tributo a su tierra natal, acompañando a su nombre esclarecido. Pero este impulso de afecto a su villa en nada limitó el vuelo de su curiosidad, y así desde los recuerdos íntimos y comarcales que suscita la presencia constante del nombre de su tierra natal, ordena su interés hacia lo más remoto e inasible, y escribe su «Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los Reinos y Provincias del Oriente, y de las noticias que se tienen de las grandezas del Reino de la China». China y la India Oriental desde Laredo. Buena fórmula de regionalismo. Receta insuperada para redimirse de lo menudo, de lo anecdótico, de lo aldeano de todas las comarcas de la tierra, si cada una de ellas ha de constituir sustantivamente el único estadio de nuestros esfuerzos.

Pero aun hay un fruto de regionalismo más trascendental. El concepto de extensión puede cambiarse en el de profundidad; y automáticamente la categoría geográfica y temporal de universalidad queda sustituida por la de eternidad, es decir, fuera del tiempo y del espacio.

Las obras de alcance más universal y eterno han podido ser obras de carácter regional, y Ulises ser de Itaca, y Don Quijote, de la Mancha, y Mañara, de Sevilla. Pero sus forjadores, profundizando en la heredad limitada, han llegado a las fibras más íntimas y esenciales, al tejido enmarañado de las raíces de la conciencia humana.

No limitar la curiosidad, no embotar la azada. El más menudo infusorio es un mundo con todas las leyes de los mundos. El más pequeño rincón guarda, latente y adormecido, el arrollador torbellino centrífugo.

JOSÉ M.^a DE COSSÍO

EL GRABADO DE SANTANDER DE LA OBRA DE BRAUN Y SUS REPRODUCCIONES

Varias veces ha sido ya reproducido en libros y revistas el viejo grabado de la villa de Santander en el siglo XVI que Jorge Braun o Bruin, arcediano de Dormund y decano de la colegial de Cologne, y Francisco Hogenberg pusieron en uno de los tomos de su muy interesante obra *Civitates orbis terrarum*; recordemos, por ejemplo, los libros de Assas y de Amador de los Ríos, las *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, de D. Manuel Foronda, la revista *Arte Español* (año 1923), en la que el erudito historiógrafo D. Julián Fresnedo de la Calzada estudia la diferencia y semejanza de la antigua villa de San Emeterio con el dibujo y descripción que de ella nos da el libro de Braun y Hogenberg, y muy recientemente el folleto publicado por D. Sixto Córdova con el título *Santander, su catedral y sus obispos*.

Pero no hemos visto todavía en letras de molde la traducción española del texto latino de Braun, en que se describe a Santander en el siglo XVI, hecha por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y que se conserva en manuscrito autógrafa en la Biblioteca Municipal de Santander; ni conocemos tampoco un estudio comparativo en que se señalen las relaciones de dependencia, o acaso disparidad de origen, entre los distintos grabados del mismo asunto que suelen encontrarse en libros y papeles sueltos.

Por eso traemos hoy a las páginas de esta revista, engañánandola de este modo con un trabajo inédito del gran polígrafo montañés, esa traducción del texto que Braun tomó *ex relatu indigenarum*, a la vez que se reproducen las varias copias o interpretaciones que ha sido posible reunir del viejo grabado de la antigua villa de Santander, intentando con ello acopiar materiales y documentos para la historia gráfica de la misma.

Siempre ofrecieron las viejas villas y ciudades de España ancho y abundante campo a la ávida curiosidad de viajeros y peregrinos extranjeros, y es importantísima la bibliografía de viajes por nuestra nación que es preciso consultar



Santander en el siglo XVI, según Jorge Braun, en su obra *Civitates orbis terrarum*.

(Pertenece a la Biblioteca Municipal de Santander).

si se pretende conocer las descripciones de pueblos y ciudades que tales viajeros han dejado en sus libros y relatos.

El gran hispanista italiano Arturo Farinelli nos llevaría de la mano en esa rebusca bibliográfica con su obra *Viajes por España y Portugal*; pero el estudio de las descripciones y dibujos que se contienen en esos libros, el fijar muchas veces la época en que fueron hechos y su comparación con anteriores y posteriores documentos, para deducir si son copias u originales, sería un trabajo de compleja erudición y, por otra parte, no de este momento.

Baste por eso poner aquí unas breves apostillas a los grabados de Santander que se reproducen.

Concretamente afirma Braun en el prólogo de su citada obra, poniendo de manifiesto la veracidad y exactitud de sus narraciones y dibujos, que ha aprovechado los escritos de los que han visitado las ciudades que se describen para que no se diga que habla de cosas que ignora y que nunca ha visto. Y que fueron muchos los autores cuyos escritos aprovechó el arcediano de Dormund se dedu-

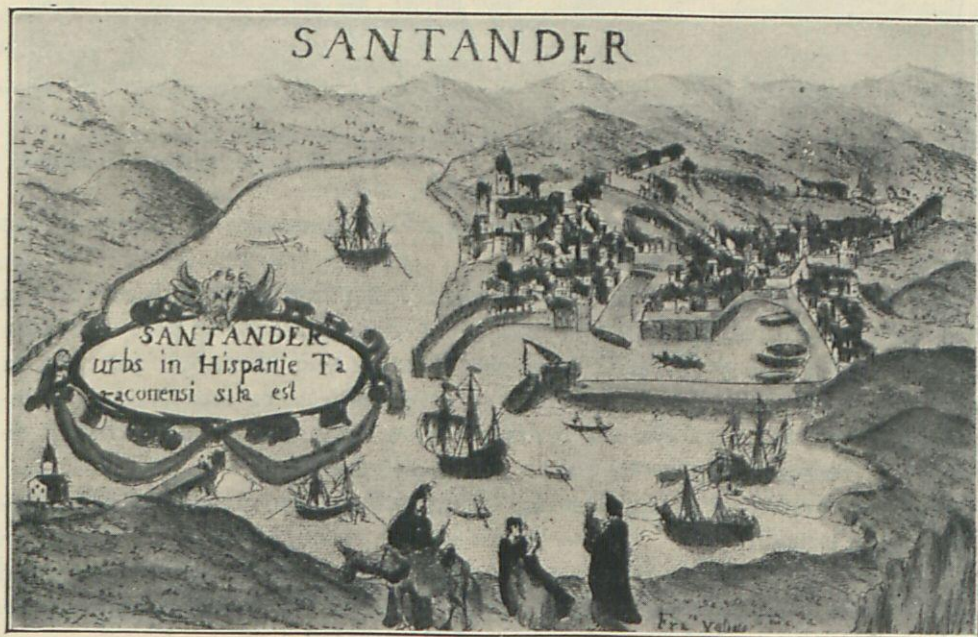
ce del mismo prólogo, donde se afirma que por evitar el ser prolijo no se da una lista de ellos. Pero más adelante menciona concretamente a Abraham Ortelio, que le adornó y aumentó la obra con la genuina descripción de muchas ciudades; a Jorge Hoefnagel, que le comunicó bondadosamente dibujos naturales y exactos de ciudades de España, y a Cornelio Chaymox, que hizo lo mismo en cuanto a algunas ciudades de Alemania.

Consta, por otra parte, que Jorge Hoefnagel viajó por España de 1564 a 1567 y reprodujo en un álbum paisajes y vistas, por lo cual cabe afirmar que él es el autor del dibujo de Santander que trae Braun en su obra.

Asimismo creemos identificarle con el notable pintor miniaturista flamenco, muerto en Viena en 1618, cuya obra maestra es el *Missale romanum* que hizo para el archiduque Fernando, y que se guarda en el museo de Viena.

Hemos de concluir, por tanto, que el dibujo que sirvió a Braun para el grabado de Santander que se reproduce, fué hecho de 1564 a 1567, aunque sea posterior a esta fecha la aparición de su obra, ya que los seis tomos de ella salieron de las prensas desde 1572 a 1618.

De esos seis tomos de tan importante obra solamente hemos tenido ocasión de ver cuatro: el primero y segundo en la Biblioteca Municipal de esta ciudad, y el tercero y cuarto en la de Menéndez Pelayo. El dibujo de Santander a que nos referimos viene iluminado en el tomo segundo, y ha sido reproducido en negro



Reproducción de Valleggio.

(Propiedad de don Víctor de la Serna).

varias veces. En uno de los volúmenes que hay en la Biblioteca de Menéndez Pelayo se lee, en nota manuscrita, al principio:

Son en todas las ciudades de los seis tomos	362
Costaron en blanco quarenta ducados.	440 reales
De iluminar cada planta o ciudad a real y medio .	543
	983

El mismo dibujo de Hoefnagel que reprodujo Braun sirvió, sin duda, a Valleggio para publicar, hacia el año 1572, con Martín Rota, su *Raccolta di le piu illustri et famose citta di tutto il mondo*, en que figuran grabados de Antequera, Bilbao, Valladolid, Córdoba, Sevilla, Barcelona, Santander, Granada, Jerez de la Frontera, Toledo, Burgos, Málaga y San Sebastián.

Esta colección fué estudiada por Gabriel Marcel en el artículo *Sur quelques vues de villes espagnoles et portugaises du XVI^e siècle*, que publicó en 1899 en *Revue Hispanique*. No carece de fundamento el afirmar que en los viajes que hizo por Italia Hoefnagel con Ortelio pudo llegar a conocer a Valleggio o a Rota, a quienes comunicó dibujos de las ciudades y villas españolas. La mayor parte de los grabados de esa colección están firmados por Francisco Valleggio, aunque con distinta grafía, lo mismo que sucede con el grabado que se reproduce aquí en segundo lugar; por eso no dudamos afirmar que éste es el mismo que se contiene en la *Raccolta* mencionada.

CHRISTO SIC DUCE LIBER ERO.

G67



Me lingua Mándus, nūquam me, Christe, relinqves: Tutius est soli fidere, Christe, tibi

*Die Welt verläßt mich allermaß in, | Der ist sicher, der der vertraut,
Herr Christ, du wirst mich nicht verlaß in: (Und nicht auff bloßen Menschen schawt.)*

Grabado alemán.

(De la colección de don Ramón de Solano).



Reproducción de Álvarez de Colmenar.

(Pertenece a la Biblioteca Municipal de Santander).

No hemos podido determinar la obra en que se reproduce el grabado tercero que reproducimos, pues nos ha faltado ocasión de ver algunos libros que hubieran servido de provechosa información en este punto. Lleva al pie una leyenda en latín traducida debajo al alemán, de lo que se colige claramente que pertenece a alguna de las varias obras del mismo asunto publicadas en Alemania. Creemos que es posterior al grabado de Braun y, sin duda, tomado de él, aunque modificado en parte conforme a las exigencias del texto al que había de servir de ilustración, y en el que, según se desprende del dibujo, se relatará la leyenda del ermitaño que «en las soledades de esta costa vió venir por el mar dos luces muy grandes y después un como barquillo lleno de resplandores y en la misma orilla del mar un toro que despidiendo rayos por los ojos y luces por sus puntas alumbraba aquel sitio inculto...», presagio todo de la venida milagrosa de las cabezas de los mártires a esta ciudad.

Se reproduce en cuarto lugar el lindo grabado que trae Álvarez de Colmenar en su obra *Les delices de l'Espagne et du Portugal...*, tomado de la edición de 1715; pero para poder determinar el año a que corresponde conviene tener presente que la primera edición de esa obra de Álvarez de Colmenar es de 1707,

y que el texto y los grabados de ella se tomaron de la *Description de l'Univers*, de Allain Maneson Mallet, impresa en París en 1683.

De los grabados que siguen el que se halla invertido en relación con los demás fué hecho para una vista de óptica, en París, por Huquier, hijo, grabador: el otro es reproducción del publicado en la segunda mitad del siglo XIX, en una tirada de 2.000 ejemplares, por D. José Wünsch, natural de Austria y dedicado al comercio en esta ciudad de Santander, y fué tomado de un óleo en que se había copiado el grabado de Braun.

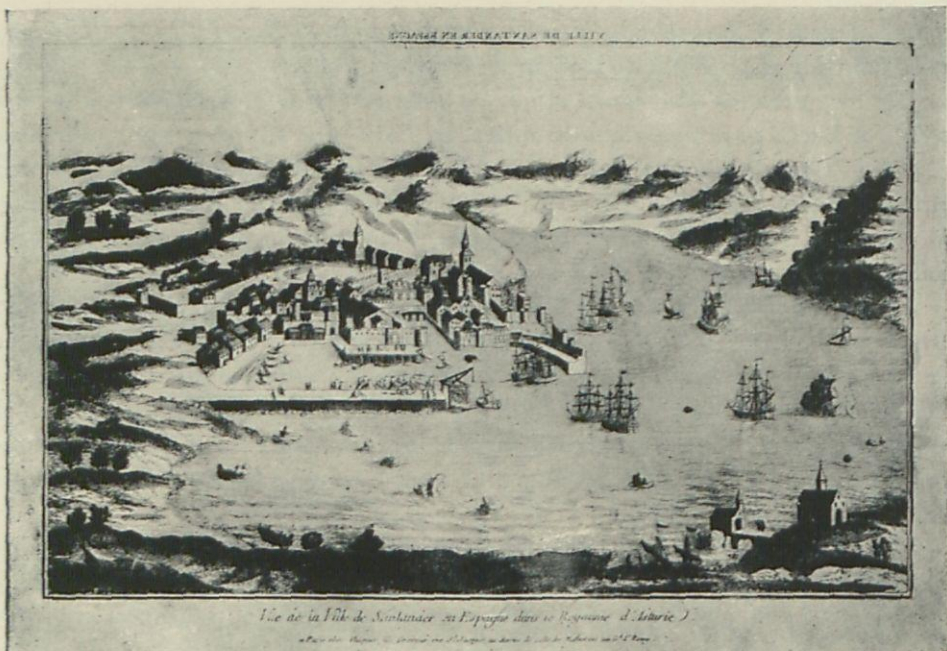
Al lado de estas distintas copias e interpretaciones del dibujo de la obra de Braun se reproduce el relieve que hay en el zócalo del retablo del altar mayor de la catedral, sirviendo de puerta a un relicario, porque aunque acaso no ha sido inspirado en aquél ni tienen ambos más relación que la de ser uno mismo el objeto representado, nos ofrece, al menos, una modalidad gráfica que es conveniente recoger y no echar en olvido al formar la serie de estampas y dibujos del Santander de antaño.

Tal vez el historiador documentado no encuentre siempre en tales dibujos y grabados la copia exacta y fotográfica de la realidad que se intentó representar; pero sí ha de poder estudiar en ellos esa misma realidad sentida o interpretada por el artista que, como traductor de ideas y pensamientos y no de meros vocablos, acaso quiso, más que las minucias y detalles del dibujo exacto, el dar una interpretación subjetiva al cuadro que tuvo ante sus ojos.

TOMÁS MAZA SOLANO

*DESCRIPCIÓN DE SANTANDER TRADUCIDA
POR DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,
DE LA QUE PUBLICÓ JORGE BRAUN EN SU
OBRA CIVITATES ORBIS TERRARUM*

La ciudad que llaman Santander está situada en la España Tarraconense, en la costa del Océano Cantábrico, probablemente en el país que Tolomeo dice ser habitado por los Autrigones. Hoy le llaman Asturias de Santillana. Pero los indígenas dan el nombre particular de La Montaña al territorio de esta ciudad. Situada a la falda de una colina de suave pendiente, desciende al mar, cuyas aguas, pasando por la derecha del castillo, se extienden más allá de la población; por la izquierda la tocan en su mayor parte, y penetran en su interior por un canal que llaman la Ribera, cuya entrada se conoce vulgarmente con el nombre de el boquerón. Por otra parte hay un terraplén extendido a manera de brazo hacia las olas; llámanle muelle viejo, y tiene al extremo una máquina que facilita la carga y descarga de los navíos y es llamada comúnmente la grúa. Toda esta ensenada puede considerarse como un solo puerto. Aquí penetra el mar por un estrecho a manera de boca; y el puerto está naturalmente defendido y cerrado por todas las de-



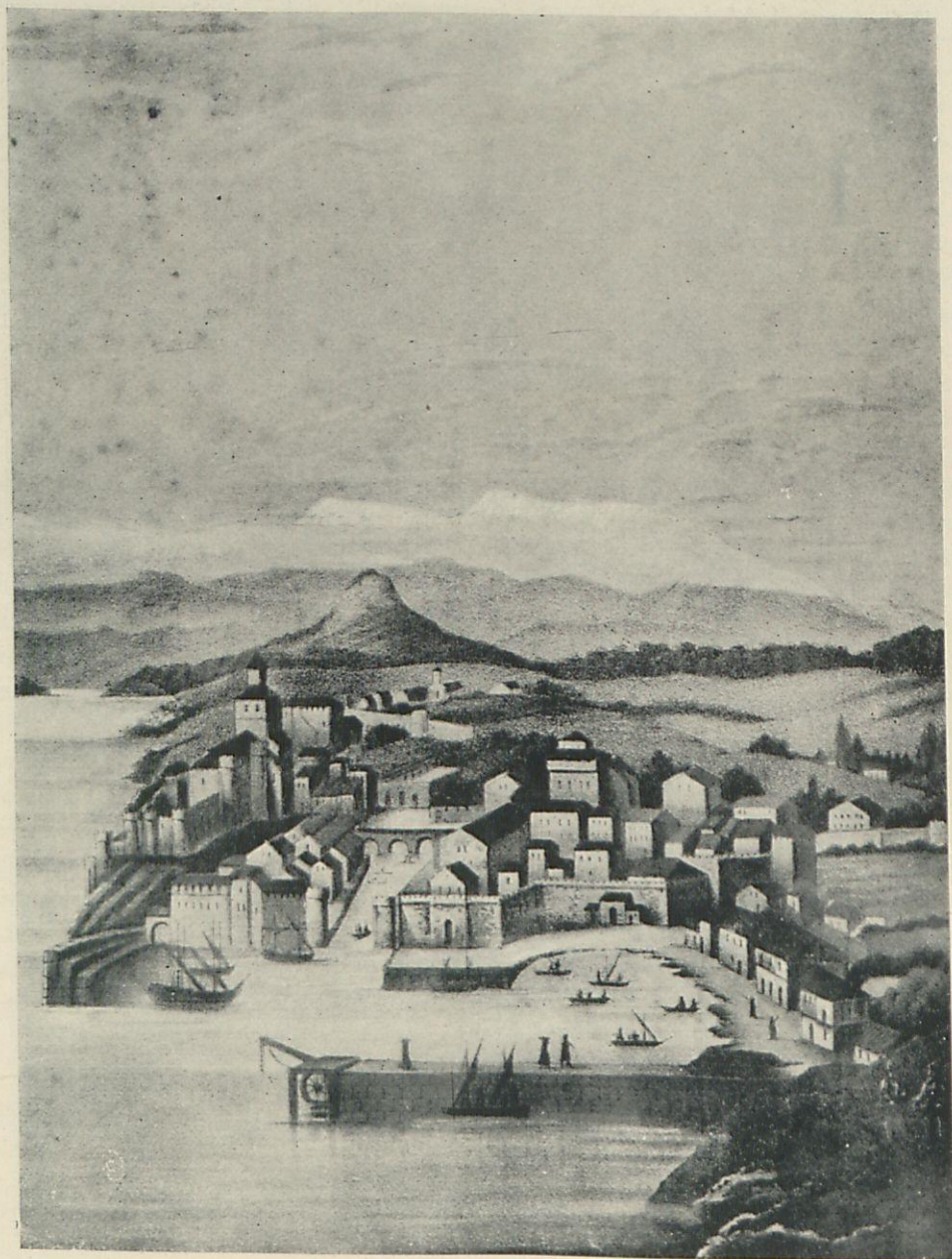
Reproducción para vista de óptica.

(Propiedad de don Juan Manuel Mazarrasa).

más partes. Enfrente de la ciudad hay otro muelle, un poco encorvado para mayor comodidad del puerto; tiene dos objetos: defender la población de los furores del mar y ofrecer a las naves lugar para la descarga y el refugio. En la boca de este puerto hay un escollo llamado la Peña de Mogro. Aquí hacen sus nidos gran número de aves, y los habitantes de la ciudad se deleitan en cazarlas. Es tan famosa por su antigüedad esta población, entre las demás de aquella comarca, que los habitantes dicen haber sido fundada por Noé. Su forma es prolongada, en el interior llana, rodeada de muros por todas partes, y por el lado de tierra es de difícil acceso, a consecuencia de la profundidad del foso, aunque sin agua. Disfruta este pueblo de muy saludable temperatura. Posee siete ricas fuentes, unas dentro de sus muros, otras fuera, de perpetuas y limpidísimas corrientes, que dan a los ciudadanos cuanta agua necesitan para la necesidad o el recreo. En la misma plaza hay dos, la de Santa Clara y la de la Ciudad. Fuera, cerca de la iglesia de San Nicolás, brota de un elevado peñasco la más abundante y célebre de todas, llamada vulgarmente de Becedo. De ésta beben la mayor parte de los habitantes, así nobles como plebeyos, por la fama de sus excelentes y maravillosas virtudes. Pues aseguran que en invierno está muy caliente, y muy fría en el verano.

La cuarta está cerca de San Francisco, y se llama de la Bóveda; la quinta es la del río de la pila, y la sexta se llama de molinedo. Estas dos últimas sirven especialmente para los moradores de la calle del mar.

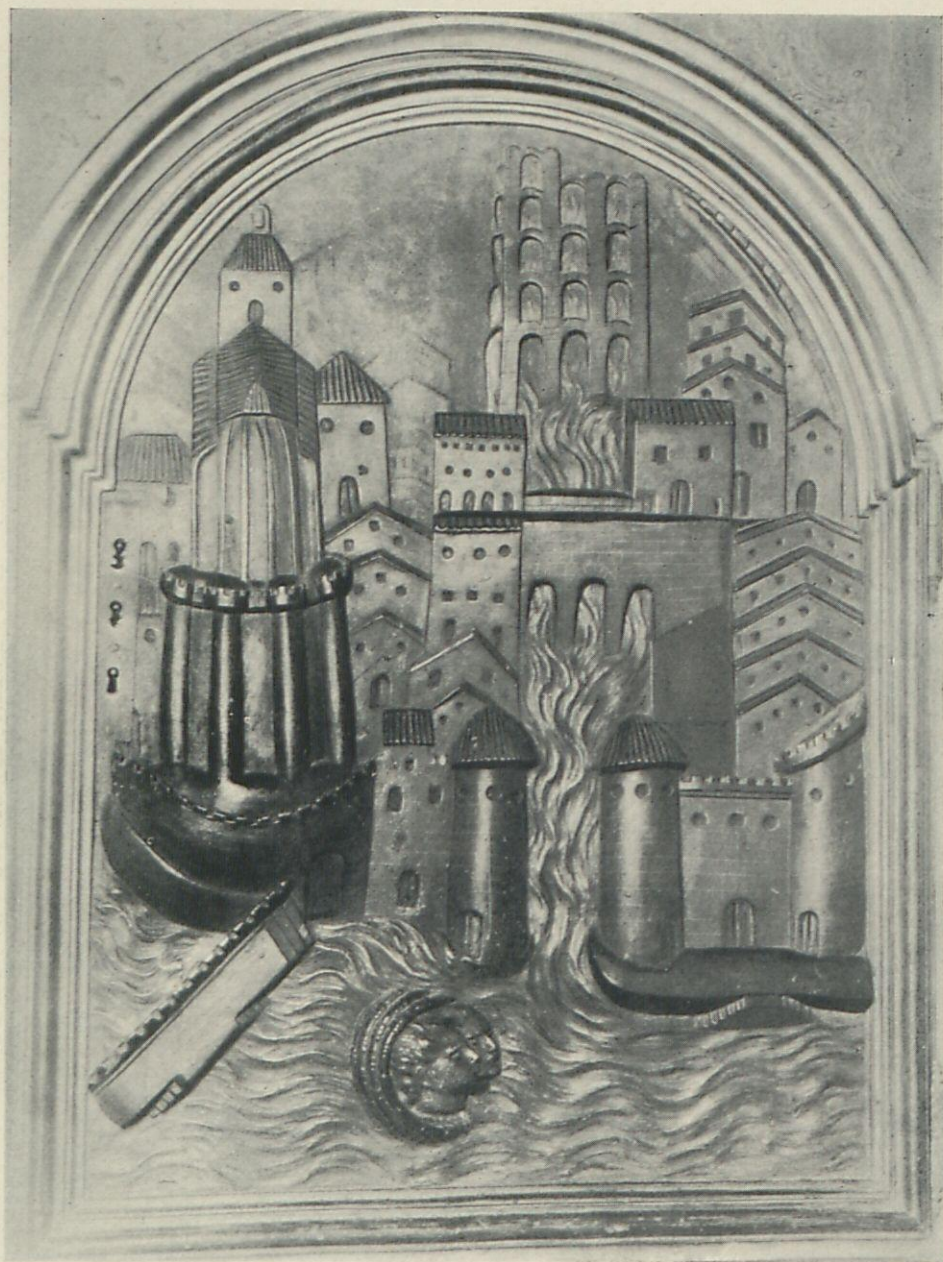
En ella habitan los que se dedican a la pesca, que son muchos, por hallarse en este puerto increíble y prodigiosa multitud de peces. Tiene esta ciudad siete puertas: San Nicolás, San Pedro, Atarazanas, San Francisco, La Sierra, Santa Cla-



Grabado que reprodujo don José Wünsch.

(De la colección de don Ramón de Solano).

ra y el Arcillero. Posee soberbios edificios, unos de piedra, otros de madera. Hay dos monasterios, ambos de la Orden de San Francisco, uno de frailes de San Francisco, otro de monjas de Santa Clara.



Relieve de la catedral de Santander.

(Fotografía de Samot.)

Tiene un gran templo, llamado de los Santos Cuerpos; es de primorosa estructura, y tan notable como digno de veneración por su santidad. Dicen que en el lugar donde está edificada la iglesia quedaron fijos e inmóviles dos cuerpos de mártires, aquí prodigiosamente venidos. Refieren que muy lejos de este país, dos santos varones se opusieron con increíble y singular constancia a los enemigos de la fe católica, y, martirizados al cabo, y arrojados sus cadáveres al Duero, llevóles su corriente, tras largo rodeo, a este puerto, por sobrenatural decreto, y le eligieron por perpetua morada suya. Sobresalen por su piedad y su saber los canónigos de esta iglesia. Su forma es redonda. Dentro hay un hospicio del Espíritu Santo, donde se recibe y trata con la mayor caridad a cierto número de pobres. Ha ido aumentándose el templo con diversas capillas, adornadas muchas de ellas con las sepulturas de algunos varones nobles. En medio del edificio hay un amenísimo jardín, fragante siempre, con el gratísimo perfume de sus floridos árboles. Mirando al mar se encuentra un castillo antiquísimo, que domina, no sólo la ciudad, sino todo el puerto, pues desde él se descubre cuanto aparece en la bahía.

A la izquierda, por donde penetra el agua en la ciudad, se levantan en el mismo avieducto unos edificios sostenidos en arcos, que sirven de almacenes navales y se llaman las Atarazanas. Aquí se aprestan las naves y todo lo concerniente a ellas. Los ciudadanos son muy belicosos, como todos los habitantes de aquella región. Tienen un ayuntamiento compuesto de seis concejales, un secretario y un procurador, que se eligen anualmente, en los primeros días de enero, en la capilla de San Luis de la iglesia de San Francisco. Allí se reúnen los principales de la ciudad en número indeterminado, y eligen por sus votos los magistrados para el año siguiente. Esta ciudad disfruta desde muy antiguo de grandes privilegios e inmunidades, hasta tal punto, que ni el Rey ni ningún otro señor de ella puede venderla o enajenarla por ninguna causa. Por aquí se exportan casi todas las lanas que salen del reino de Castilla. Tampoco está privada esta población de los dones de Baco. En ella abunda el vino; la tierra está rodeada de viñedos, entremezclados con vergeles, plantados, tanto para la necesidad como para el deleite, que ofrecen hermosa vista y abundantes frutos. En las cercanías de la ciudad hay diversas aldeas, ricas en granos y en frutas, de tal suerte, que, a no ser por un señalado castigo de Dios, nunca carecerá este pueblo de provisiones. En suma, esta ciudad es rica de todas las cosas por la comodidad de su puerto. Todo esto es narración de los indígenas.

M. MENÉNDEZ PELAYO

VERSOS OLVIDADOS

[Es asequible a todo lector la colección de poesías de D. Amós de Escalante, prologada —espléndidamente— por Menéndez y Pelayo. En ella se muestra el poeta maduro y definitivo, el pleno logro de su actividad poética. Qué caminos condujeron a tal sazón no es fácil rastrearlos en tal colectánea. Diseminados en viejas publicaciones se encuentran sus primeros versos, logrados plenamente de forma, vacilantes, acaso, de intención. La juventud del poeta en el panorama romántico, elaborando los tópicos de 1830 con aptitud excepcional, es visión sumamente ilustradora de sus primeros tanteos poéticos. A tal época corresponden los versos siguientes, olvidados en las páginas del *Semanario Pintoresco*.]

EL SAUCE LLORÓN

A Benito Vicéns y Gil de Tejada

*A la orilla de un lago,
un árbol triste y solitario crece;
entre sus hojas, con murmullo vago,
aura sutil se mece,
y en su pálido verde
el rayo moribundo
del expirante sol débil se pierde.*

*No con loca a tiveza
su ramaje sombrío
levanta cual el álamo orgulloso
a buscar en las nubes el rocío,
ni alrededor, pomposo,
le extiende sobre la húmeda llanura,
céspedes cobijando,
el trémulo dosel de su espesura;
mas lánguido se inclina
hasta bañar sus hojas
en el agua del lago cristalina.*

Es el sauce llorón; a su pie sola
la flor, de la tristeza
alza, cansada y mustia, su corola;
la niebla fría del pesar envuelve
sus marchitadas galas,
y en torno de ella, en incesante giro,
el genio del dolor bate sus alas...

.....

¡Ah, con cuánta amargura
corren, oh sauce, en dolorosa calma
bajo tu sombra oscura
las lágrimas de fuego
que herida vierte, acongojada, el alma!
Del triste dulce amigo,
para llorar le ofreces
de tu ramaje pálido el abrigo,
donde jamás alcanza
un destello del sol de la esperanza...

.....

Tú eres el árbol del destino mío:
cual brilla moribundo
rayo de sol en tu ramaje umbrío,
un rayo de alegría
sobre mi triste frente, antes serena,
luz fugaz, para perderse luego
en negras sombras de infinita pena.
¡Oh sauce, árbol del llanto!
Bajo las verdes ramas cimbradoras
que sobre el lago lloras,
busca su triste inspiración mi canto:
dame su melancólica armonía
y el plañidor acento
con que al pasar las acaricia el viento,
y el eco de mi lira
sea el gemido de la brisa errante
que entre tus hojas lánguidas espira.

AMÓS DE ESCALANTE

Santander, septiembre 1852.

(Publicada en el *Semanario Pintoresco*, 1857.)



ELOGIO DE LAS CAPEAS

Las capeas y corridas pueblerinas siempre se han celebrado en España y creo que, a pesar de la campaña que se hace por algunos espíritus timoratos en contra, se seguirán dando siempre.

¡Qué van a hacer esos pueblos, internados entre peñascos, en que la gente vive bajo tierra, labrando en la roca por su propia mano su guarida, donde si hay escuela es un estercolero, y el teatro un corral donde se encienden en la función de noche unos velones de aceite! Los habitantes son enanos, de cuarenta a cincuenta años, tísicos y escuchimizados; donde hay una vieja ermita abandonada, con un boquete abierto en el muro, que da al campo, en que se refugian los mendigos que recorren los pueblos a pie a descansar y resguardarse del sol, y en una habitación dismantelada hay una especie de tinaja de piedra, que fué pila bautismal, y dentro hay un gato despanzurrado, de ésos que

se ven en las en crucijadas de los pueblos; enfrente cuelga un Cristo que parece una momia, de ésos que dicen los habitantes del pueblo que tienen piel humana y que les crecen las uñas de los pies, de las manos y las barbas.

En la botica del pueblo cuelga del techo un cuerno muy grande y retorcido, como el del macho cabrón de las leyendas de duendes y brujas, que sirve para calentar el agua de los medicamentos y emplastos. En estos pueblos, y en otros más importantes, deben celebrarse las capeas para que se desfoguen los malos instintos y no maten a su mujer a palos, o a hachazos separen del tronco la cabeza de su suegra. Los chicos también dejan los días de capea sus juegos, poco inocentes, de apedrear a los pájaros y a las diligencias y de ir a la pedrea, que son como batallas en que salen varios con la cabeza rota. El día de toros dan cabezazos a las puertas de la plaza, para que éstas se abran de par en par y meterse dentro a ver la corrida. A estos mozos de estos pueblos les están permitidas las mayores barbaridades. Estas apuestas que hacen de comerse un costal de pienso, de darse de topetazos con la frente a un carnero muy grande, al que mandan al otro barrio de un cabezazo bajo en el estómago, y el más escuchimizado y el más nuez, que no puede con la rabadilla, se come, por apuesta, varios metros de longaniza, luego se bebe unos cuantos vasos de aguardiente llenos de moscas. Yo he visto a un hombre muy largo y flaco, todo orejas y rótula choquezuela, con un ántrax en el cuello, comerse en una apuesta una paella de seis kilos, sin reventar; después hacer la plancha sobre una mesa, y ponerse luego a bailar siete u ocho horas seguidas, como si tal cosa.

El pueblo cercano a Madrid llamado Chinchón, como tantos otros pueblos de Castilla, parece estar hecho para que se celebren capeas. En éste, la plaza Mayor, con todas sus casas con balcones corridos, que tienen la forma de tendidos de plaza de toros. Casi todos los ayuntamientos pueblerinos tienen en su portal un burladero donde pegan las hojas firmadas en tiempo de elecciones, y sirve también para hacer las inmundicias. Los empleados de estos ayuntamientos gastan gorra de pelo y gruesa cachava al brazo, cuya contera es un pincho. Bueno es que se deje a estos pueblos como están, si no se quiere hacer en ellos rascacielos, grandes hoteles y cafés con música de negros, servidos por camareras con el pescuezo afeitado, como los de la cursi Gran Vía de Madrid.

Las capeas a mí me distraen y me gustan más que las corridas serias; en éstas queda uno encerrado en la plaza, estrujado como sardina en conserva, en un asiento donde no se cabe, bajo la ola humana que berrea, gruñe y cocea, pidiendo más caballos; en cambio, en la capea, si no nos entretiene la lidia, podemos pasear a nuestras anchas bajo los soportales de la plaza, y hablar con el veterinario del mal de nuestro caballo o del perro.

Disfruto, al tomar el tren y salir de Madrid, con la conversación de estos labriegos y bárbaros de pueblo; algunos, desde que toman asiento, empiezan la conversación sobre un toro que torearon, cómo tenía las astas, lo bravo que era, y hablando del toro llegan al pueblo. Todos estos mozos llevan largas varas

para azuzar al toro: muchos, con el pelo blanco y setentones, toman también parte en la capea. El torero de corrida sería se ha convertido hoy en bailarín de salón delante de los toros, y en las capeas salen toreros buenos a patadas. Ese hombre de edad, representación y tipo, con la cabeza llena de escalones de estar esquilada como los borregos, que con su descomunal bota de vino le da varios pases a un toro viejo y bragado, pasando los enormes cuernos del animal cerca de la faja, mascándose el peligro, y que concluye limpiándole las narices con su enorme pañuelo moquero, que ha sacado de la faja, y que sería capaz de matarlo con su navaja de hoja ancha y achatada y mango de madera labrada con toscos dibujos, ¿en qué se parece a estos fenómenos de ahora, que no tienen ni edad ni tipo, ídolos de unos cuantos horteras y señoritas histéricas, que son las que entienden hoy en día más de toros, y aplauden al toro bravo que va al desolladero sin rabo ni orejas, y pitan sin ningún respeto como energúmenos al cadáver del toro cobarde y que creen ellos que no ha cumplido en la lidia, al ser retirado del ruedo arrastrado por las mulillas? Además, los toreros de ahora, que no sirven para nada y no hay ninguno bueno, sueñan con hacerse propietarios y pasar la vejez con millones de pesetas y cargados de hijos, retirándose a los veinticuatro años. Cuando, muy de tarde en tarde, cae muerto en la plaza uno de estos toreros llamados fenómenos, los periódicos comentan su muerte durante tres o cuatro meses, quedando declarado como genio nacional; mueren veinte mozos en capea de pueblo, y nadie comenta su muerte ni se le guarda el menor recuerdo, tratándole como a un perro.

EPILOGO DE LAS CAPEAS

El espectáculo que ofrecen las capeas es por demás pintoresco. La gran plaza, con todos los balcones de sus casas, que lucen al sol colgaduras de los colores nacionales, abarrotadas de gente; asoman por encima de sus tejados las cúpulas y torres de iglesias y conventos, y en lo alto de la llanura castellana, que semeja un mar petrificado, dominando al pueblo, la imponente y cenicienta masa de piedra de un castillo medieval; unas empalizadas de estacas marcan el ruedo en la plaza, unidas a muchos carromatos atados por las ruedas y el timón con fuertes sogas, donde presencia la gente la corrida; nubes de polvo pastoso nos pone la ropa blanca y nos azota la cara y las manos; el sano olor a boñiga y a las montañas de estiércol de los pesebres de los corrales que llenan la plaza, como un vaho caliente sube hasta nosotros, y una plaga de moscas vuelan en todos sentidos por encima de nuestras cabezas. En una esquina de la plaza que da al ca-



Lejón de los Afligidos se levanta una alta tribuna, a la sombra, donde esperan, impacientes, abanicándose, que empiece la corrida, esas morenazas que huelen a cabras, que se han preparado horas antes en sus casas, mirándose al espejo, llenándose la cara de polvos, clavándose en el pelo, recio y negro, un clavel rojo y poniéndose sus blusas y sayas más chillonas, donde asoma la carne dura y redonda de sus espaldas, cruzadas por ronchas y zarpullidos, lo mismo que en los brazos; sus cuellos y mejillas tienen manchas bronceadas de puro morenas, como las gitanas; se despatarran en las tribunas luciendo el encanto de sus zapatos abiertos, donde se dibuja el arco de sus pies enanos. Algunas de estas mozas han toreado por los campos y calles del pueblo, al amanecer, al hacerse el encierro. A una señal del presidente, que suele ser el alcalde, asesorado por el cura párroco, comienza la capea, en la que hay muchos revolcones y vueltas de campana, al ser prendido algún mozo por la faja, en medio de gritos de terror de las mujeres, y ser despedido a tierra violentamente, como un saco; el mozo se levanta con toda la cara bañada en sangre y se vuelve rabioso al toro; todos sus compañeros le azuzan, y golpean el testuz con las varas al toro, que brama rabioso; como han hecho gran consumo de peleón están envalentonados estos capeadores, y no miran el peligro de la cornada segura.



Pero valientes ya son estos mozos, en mangas de camisa, con la chaqueta colgada de un hombro, muy tostados por el sol, con la cabeza rapada al cero y una larga cola de flequillo sobre la frente; estas cabezas de forma de melón, que no discurren ni piensan en nada. Pero duras como la piedra deben tener la calavera estos hombres, con un hueso mucho más grueso que los demás mortales, pues cuando cogidos por el toro caen de cabeza contra el suelo, metiendo un ruido sordo, siguen tan tranquilos, toreando a esos toros pesados y viejos, de gran cornamenta, que concluyen por hacerse veteranos de tanto que han aprendido en estas capeas y de dar de vez en cuando en algún pueblo alguna cornada en el vientre hasta la cepa.

Estos mozos labriegos, hombres de pelo en pecho, que beben el espeso vinazo de la tierra en pellejo y que resisten el sol que quema de Castilla horas enteras, en la siega y en los tejares, sacando de los cocederos esas enormes tinajas que se llenarán de rico mosto, caen bárbaramente mal heridos, a veces de cornada mortal, y se arrastran por la arena, encogidos como un ovillo, con las tripas fuera, sujetándoselas entre las manos, cuando le llevan moribundo. Su muerte no influye en el ánimo de sus compañeros de capea, que se sienten más brutos y obcecados, hasta que terminan con el toro, cuando se ha hecho ya casi

de noche y los carpinteros empiezan a desmontar todo el tinglado de la barrera. Quedan en el suelo muchos charcos de sangre, donde se mezclan entre jirones de capotes y palos de banderillas mechones de pelo y trozos de orejas y rabos arrancados a los toros.

Tal es el final de las capeas de tantos pueblos: Chinchón, Colmenar de Oreja, Valdemoro, Móstoles, Tordesillas, Torrijos, Buitrago, etc..., y menos mal si estas capeas, en cuya plaza de la Constitución o la del Coso, donde preside la iglesia de Nuestra Señora la Mayor, Nuestra Señora la Antigua o la Virgen de la Nueva, y el Ayuntamiento con su probo Concejo, compuesto de señores muy religiosos y muy equitativos, viejos carcamales que no pueden, con sus chepas, juanetes y con los fajines de concejal, llevar el cirio en las procesiones, y menos mal, según íbamos diciendo, termina entre bailoteo, fuegos artificiales y banda municipal, porque suele darse el caso de terminar en tragedia y contarse dos o tres defunciones por corrida, o hundirse un tendido y haber veinte o treinta muertos, y tenerse que suprimir en señal de duelo la feria y las diversiones públicas de final de corrida.

Cuando no ha habido una catástrofe como la reseñada, reina la diversión y la algazara. Por la noche, en la plaza iluminada del pueblo, se celebra una función de fuegos artificiales, se quema una traca y se quema un toro de madera, con una manta de cohetes que le hace andar sobre su tinglado de ruedas; en la sombra parece un toro de verdad que echa humo por las narices y que corre como si estuviera borracho, a traspiés, repartiendo carreras y sustos. Bailan las mozas y los mozos durante toda la noche, probando su resistencia; hablan con los curas, tan bravos como ellos, que gustan también de torear, jurar y beber en bota, pues de la misma que ellos están hechos y son nacidos en la misma tierra. Y en la época de fiestas, cuando ha sido trasladado el cuerpo de algún santo, que le ha llegado su hora de canonización y es llevado de la vieja ermita en procesión a la iglesia parroquial, y ha habido alborotos en el pueblo por causa de no mirar bien los vecinos esta reforma de cambio de sitio, estos curas, como se han metido con lo suyo, se han impuesto por puños, como buenos toreros, y la procesión ha continuado su camino, seguida de mansos corderos.

JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA

(Los tres cuadros reproducidos son originales del autor).

INQUIETUD

Alma, vibra de entusiasmo
y no temas a la suerte.
¿No es preferible la muerte
al infecundo marasmo?

Águila que oyó las balas,
si, al recordar su zumbido,
sólo busca paz de nido,
no merece tener alas.

Aquel bravo paladín
hoy inválido, ¿no siente
su sangre correr hirviente,
si escucha marcial clarín?

Olvidado entre gabarras,
el más inútil patache
sueña con que el viento arrache,
para soltar sus amarras.

Padece la yerma cumbre
la nostalgia del arado,
y el acero arrinconado
el oprobio de su herrumbre.

Aunque se vive un momento,
¿cómo soportar la vida
sin mantenerla regida
por algún noble ardimiento?

Haga en nuestro pecho mella
el amor hacia lo arcano;
ese que mueve al gusano
a codic'ar una estrella.

Y pues sabemos que es todo
vanidad de vanidades,
a triunfos y adversidades
sonriamos de igual modo.

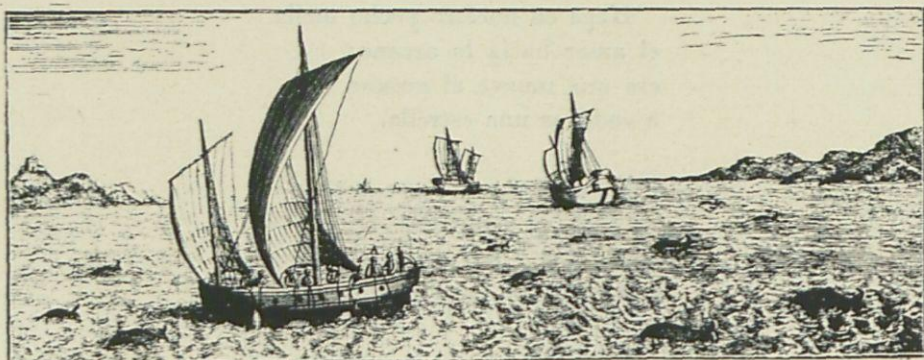
Al vislumbrar cada aurora,
olvidémonos de ayer,
decididos a emprender
la jornada redentora.

No pensemos que el acaso
gravita sobre nosotros;
si morimos, sigan otros
las huellas de nuestro paso.

.

Señor, que no me acobarde,
cuando sueño con la cumbre,
la sombría certidumbre
de ser humo todo alarde,
y toda mi ciencia, vana,
porque ignoro en la mañana
si veré morir la tarde.

LUIS BARREDA



VIEJAS ESTAMPAS DE MAR

(Se reproducen, ligeramente retocadas y con el preciso comentario, un acta levantada en 1560 por el escribano de Laredo Sebastián de la Puerta, y una declaración jurada del alcalde de Siete Villas, Garci López de Alvarado, prestada en 1619, insertas ambas en el hasta ahora desconocido Memorial del Pleito que, según quebrantamiento de la jurisdicción en la ría y canal del puerto de Santoña, sostuvo contra el Consejo de esta villa, la de Laredo).

A mediados del siglo XVI, las inmemoriales pendencias entre laredanos y santonenses se hallaban agudizadas por su reciente rivalidad mercantil.

La salazón de pescados, próspera industria medieval de los lugares costeros, sufre aguda crisis al alborear el siglo XV por la vigencia de diversos estatutos limitativos de la libre extracción de la sal. Corre el siglo, y crece el rumor de que la Corona va a anexionarse todas las salinas particulares (golpe de gracia a las saladerías). Ante los habitantes de las Quatro Villas de la Costa de la Mar (pescadores, calafates, armadores, marineros, maestros de nao, saladores...), todos más o menos interesados en la decadente industria, surge un angustioso período de miseria y desorientación. Hasta que en la ocupación más insospechada encuentran de nuevo abundancia y holgura. Los estériles huertos costeros, cercados con vértebras de ballena, abonados con las entrañas del pescado, y secularmente abandonados al defectuoso laboreo de niños y mujeres, se cubren de naranjos y limoneros, cultivados por los hombres que antes andaban a la mar. Es obra de pocos años el que en las villas de la costa no quede un carro de tierra inculto y erial. Hasta el lóbrego patio clausttral de la vieja abadía de San Medel se convierte en jardín de naranjos.

A la abundancia de fruto sigue su exportación. Las naves de Santoña y Laredo, repletas de naranjas y limones, visitan los puertos de Inglaterra, del reino de Francia y del condado de Flandes, y vuelven cargadas de ricas mercaderías. Santoña, sobre todo, libre de diezmos y alcabalas, veía en su puerto gran concurrencia de naves propias y extrañas, con grave quebranto de Laredo, donde la presencia de veedores del contrabando, dezmeros, alfolineros y otros oficiales del Fisco ahuyentaba los mercaderes y maestros de nao. Y entonces los laredanos idean la resurrección de un antiguo privilegio, según el cual, las naves fletadas para Santoña debían, antes de entrar en su puerto, surgir en el de Laredo para sufrir en él la visita fiscal.

Así las cosas, el día 10 de noviembre de 1560, Arnao del Hoyo, «como dezmero de los bienes de la mar por su majestad», se presenta ante el corregidor de Laredo, denunciando que un navío sospechoso de traer mercaderías de «reinos extraños» ha pasado la barra y fondeado en la canal de Puerto sin cumplir el trámite previo de surgir en la concha de Laredo para dezmar su cargamento.

El corregidor ordena recibir información testifical sobre el caso, y Bartolomé de Palacio declara que habiendo subido con otros varios vecinos de Laredo a la Atalaya a ver el mar, divisaron cómo venía un navío «de mar en fuera por el camino de Francia», y cuando se acercó como a una legua vieron que el navío era pequeño y sin gavia, y que arriando las velas continuaba su viaje con el trinquete solamente «e así de treinta o cuarenta hombres tanto marineros como gente de tierra que en la Atalaya estaban, decían: *¿Para qué ha amainado este navío viniendo al puerto de Laredo, pues tiene tan buen tiempo?*, y algunos de los marineros dijeron: *este navío viene de Francia y es de Puerto, e trae mercaderías, e aguarda la marea para entrar en Puerto e meter las mercaderías dentro para quedarse con el diezmo de las mercaderías, e no las dezmar*. Y así todos lo tuvieron por entendido y dende a poco este testigo se bajó a la villa y vió cómo el navío había pasado la barra y entrado en la canal que va a Puerto, al mismo tiempo que otro navío inglés, por hacer buen tiempo, fondeaba en la concha de Laredo.»

En vista de la declaración de Palacios, confirmada por la de otros dos testigos, dispuso el corregidor que el alguacil de Laredo, Juan de Castrejana, bien provisto de gente, tomase una pinaza y fuera a comprobar si efectivamente venían en el navío otras mercaderías que no fuesen los bastimentos necesarios para el consumo de los santoñeses, pues este trato estaba libre de gabelas por privilegio concedido a la villa por el rey Don Enrique. Pocas horas después se hallaba de vuelta el alguacil, trayendo consigo dos fardeles de lienzo cogidos en el barco, prueba irrecusable de la certeza de las sospechas del dezmero. Manifestó el alguacil que a bordo sólo hallaron un muchacho, que dijo ser el paje de la nao, y por él supieron que el navío era de García de la Cosa y Pedro de Garbijos el mozo, vecinos de Puerto, y que venían de la ciudad de Nantes con

carga de bacalao y fardelos de lienzo, parte de los cuales habían de descargar en Puerto, y los restantes en Bilbao.

Alborotáronse con la noticia los laredanos y el dezmero, y éste acudió de nuevo al corregidor en súplica de licencia y auxilio para llevar el navío y su tripulación al puerto de Laredo y allí proveer lo que fuere de justicia. Accedió a la súplica el Corregidor, menos porque estuviera convencido de la justicia de lo que se le pedía que por evitar un alboroto en el pueblo, y de lo que después pasó poseemos puntual noticia gracias al acta levantada por el escribano Sebastián de la Puerta, uno de los héroes de aquella jornada.

«Arnao del Hoyo se embarcó en una pinaza en la cual iban seis remadores, con solamente remos, e yo el escribano y Bartolomé de Palacio y Hernando del Hoyo, ambos vecinos de Laredo, y fuimos derecho a la villa de Puerto y llegamos cerca del navío, y en llegando vimos cómo mucha gente de Puerto venía en barcos al navío, y muchos de ellos entraban dentro y otros se volvieron a tierra, y muchos vecinos de Puerto quedaban en la ribera, todos los cuales por la mayor parte de ellos estaban armados con espadas y rodela y otras armas, y muy alborotados, y como Arnao del Hoyo los vió dijo a los remadores que iban en la pinaza: *Vamos derechos a tierra y no al navío, porque aquella gente está alborotada.* Y como las gentes de Puerto vieron que la pinaza iba derecho a tierra se sosegaron, y en llegando en tierra Arnao del Hoyo, y juntamente con él yo el escribano, y Bartolomé de Palacio y Hernando del Hoyo salimos en tierra, y después de salidos el Arnao se fué derecho adonde estaba Sancho del Hoyo, que tenía una vara de justicia, y le habló, e a Juan de Maeda el escribano que con él estaba, y hablaron juntos un poco y estando así llegaron allí Juan Pleguín el viejo y García de la Cosa y Pedro de Garbijos el mozo, y entonces Arnao les dijo que venía como dezmero de su majestad a visitar y tomar el registro de las mercaderías que aquel navío había traído, y les dijo que no habían tenido razón los que en él venían en haber entrado allí con las mercaderías, y preguntó si estaba allí el maestre para que le diese el padrón de Saiborne para saber las mercaderías que en el navío venían, y en esto García de la Cosa, vecino de Puerto, dijo: *el maestre tiene el padrón y le dará a vuesa merced cuenta y razón de lo que trae*, a lo que el dezmero dijo: *vamos, que yo quiero ir al navío.* Nos volvimos a embarcar los que habíamos desembarcado de la pinaza, y juntamente se embarcaron Sancho del Hoyo, alcalde, e los dichos García de la Cosa y Pedro de Garbijos el mozo, e otros muchos vecinos de la villa de Puerto, que los conozco de cara y no de nombre, y entramos en el navío y el dezmero preguntó: *¿qué es del maestre?*, y García de la Cosa dijo: *vele aquí*, y habló un hombre que decía se llamaba Juan del Vallado, vecino de Quejo, y dijo: *yo soy el maestre*, y el dezmero le dijo: *dad acá el padrón de las mercaderías*, el cual le sacó de una taleguilla de lienzo en que le tenía entre otras cartas, y el dezmero le tomó y le comenzó a mirar y le leyó y después de visto mandó abrir las escotillas para ver las mercaderías, las cuales luego se abrieron y a la boca de ellas es-

taba lleno de pescado bacalao, y el maestre dijo que venían debajo las mercaderías, y por el padrón aparecía que venían 167 piezas, el cual ví al tiempo que el dezmero le leía, y así dijo a Juan de Vallado: *mira, maestre, que os requiero de parte de su majestad que no descarguéis mercadería ninguna de las que en este navío vienen, sino que vais con él y la mercadería que tiene a la villa de Laredo para tomar razón de las mercaderías para que su majestad no sea defraudado de sus derechos*; y en esto el alcalde dijo: *váyase donde es obligado*, y el dezmero dijo luego al alcalde: *a vuesa merced, señor, le pido e requiero que mande a este maestre que cumpla lo que le tengo requerido de parte de su majestad, porque yo le libraré mañana en todo el día y haré que el corregidor le haga volver las dos piezas de ropa que llevaron para muestra que en este navío estaban mercaderías y este padrón que tengo yo le quiero llevar para asentar la razón de él en el libro de los diezmos*, y pidió que el maestre fuese o enviase un hombre a la villa de Laredo, y que aquella noche se le volvería, trasladado que le hubiese, y en esto García de la Cosa dijo: *¿cómo dará cuenta el maestre sin el padrón?*; vuélvasele vuesa merced, y el dezmero contestó: *yo le quiero llevar para sacar el traslado de él e yo le llevaré como he dicho*, y García de la Cosa dijo: *ése no llevará vuesa merced*, y el alcalde de Puerto dijo al dezmero: *dé vuesa merced el padrón a quien se le ha dado*, y el dezmero respondió que no se le volvería hasta sacar un traslado para saber las mercaderías que hay en este navío, y en esto el dicho alcalde, con muy grande furia, arrebató el padrón de las manos al dicho Arnao del Hoyo, dezmero, y se le tomó y le dió al maestre, y Arnao del Hoyo dijo a mí el escribano que le diese testimonio de ello y de todo lo que pasaba, y en esto el alcalde dijo al maestre que le diese el padrón, el cual se le dió, y el alcalde le dió a Juan de Maeda, escribano de Puerto, e le dijo que sacase un traslado de él, y Arnao del Hoyo dijo que era ya noche y que él no iba allí sino a saber las mercaderías que aquel navío traía, e si no le querían dar el padrón que él se iba, e así lo pidió por testimonio e se embarcó en la pinaza y los que con él estábamos, y veniéndonos que éramos ya divertidos del navío, Sancho del Hoyo dijo al escribano Juan de Maeda: *asentad que mando a Sebastián de Puerta que no asiente auto ninguno, ni dé fe de nada de lo que aquí ha pasado, so pena de perdimiento de bienes y privación de oficio y de dos años precisos de destierro del reino y de dos años que sirva de galeote al remo en las galeras de su majestad*, por cuanto era en perjuicio de los escribanos de número de la villa de Puerto, y en esto yo el escribano dije que volviese la pinaza que quería responder a aquel mandato, e respondí e dije que yo era escribano de su majestad en todos los sus reinos y señoríos, y asimismo era escribano de los diezmos de su majestad, nombrado por su provisión real, con la cual requerí al dicho alcalde e yéndosela a mostrar me respondió: *guardaos allá vuestra provisión que no la quiero ver*, y me dijo que me mandaba lo que mandado tenía, y asimismo mandó al dezmero que no pidiese ninguna cosa en mi presencia, y en esto yo dije al alcalde que en este caso él no era mi juez ni tenía jurisdicción ninguna para mandar lo que mandaba, y entonces el al-

calde y cuatro hombres o cinco que junto a él estaban, los cuales conozco de vista e no de nombre, saltaron desde el navío a la pinaza sobre mí con muchas armas, y me asieron y echaron sobre el carel de la pinaza y me tiraron de cuchilladas y estocadas y dende el navío con piezas, y Arnao del Hoyo lo pidió por testimonio e decía que él no venía allí a revolver ruido ni ninguno de los que con él estaban lo revolvían, y que los dejasen venir en paz, y el alcalde de Puerto decía que yo había de ir preso a aquella villa y algunos vecinos de Puerto le dijeron que no tenía razón en lo que hacía, que allí ninguno había hecho cosa para que fuese preso. Y visto esto, el dicho alcalde me dejó e nos vinimos con la pinaza a la villa de Laredo e pasaron otras cosas...

Con el tiempo arrecian las reyertas y va aumentando el número y calidad de sus actores. A principios del siglo XVII toma parte personal en ellas el grave corregidor de las Quatro Villas de la Costa de la Mar. El 29 de octubre de 1619 vemos al teniente general y capitán a guerra del Corregimiento a bordo de una pinaza empuñando el famoso bastón de Laredo e invocando, sin fruto, el nombre del rey. Fué el caso como sigue.

Acababa de entrar por la canal de Santoña una nave de gran porte, y «por haberle dado cuidado al corregidor de que fuese navío de guerra de nación extraña o ladrón corsario», ya que había dejado la derrota del puerto de Laredo, en donde estaba obligado a darse a conocer, ordenó a su alguacil mayor, Andrés de Arcaya, que acompañado del escribano, Francisco Villota, fuese al navío y le hiciese llevar al fondeadero de Laredo, previniéndole de que caso de resistencia al cumplimiento de su orden se le avisara con urgencia. Llegados los comisionados al surgidero de Santoña, vieron que se trataba de una nave francesa de alto bordo, cargada de sal, y como invitaran a sus tripulantes a izar velas y hacer rumbo a Laredo, se negaron, apoyados por el alcalde y varios vecinos de Santoña que allí se encontraban, quienes alegaron, para justificar su resistencia, que la canal de Salvé, donde el navío se hallaba, pertenecía a Santoña y, por tanto, se hallaba fuera de la jurisdicción de los justicias de Laredo.

Sobre esta y las posteriores ocurrencias de aquel día, ordenó el corregidor que se abriese una información testifical en la que depuso Garci López de Alvarado, alcalde mayor de la Junta de Siete Villas, quien, previo juramento, declaró «que viniendo el domingo que se contaron veintinueve días del mes de octubre y año de mil seiscientos diez y nueve, pasando por el barco que llaman de Puerto vió que asomaba un navío a la vela, y los barqueros que son naturales de la villa de Puerto pusieron duda si iba a la de Laredo o a la de Puerto, y decían que faltaba un navío a esta última villa y que había de ser aquél. Y el testigo se fué a Laredo, en donde vió que el teniente general trataba de enviar a visitar el navío, y oyó que Andrés de Arcaya, alguacil mayor de Laredo, sin embargo de que el Corregidor de ella dijo que en tanto que había estado allí no se había ido a visitar ningún navío a Puerto con orden del teniente general, fué a visitar el navío, y que llevaba orden para traerle al puerto de Laredo, y des-

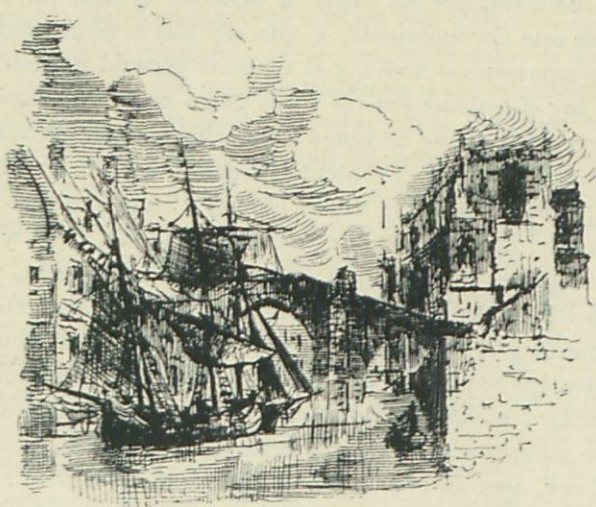
pués oyó decir que el navío no había querido dejarse visitar por impedírselo la villa de Puerto y su justicia, y que la villa de Laredo, viendo esta resolución, pidió al teniente general que por su persona fuese a tomar la visita, previniéndole que en su remisión irían los naturales a llevarle al puerto de Laredo como mejor pudiesen, puesto que de no ir se deservía a su majestad y se hacía ofensa a la jurisdicción de Laredo, con cuya determinación el teniente general se fué derecho al muelle y mandó al testigo que le acompañase, y que sin ningunas armas de prevención se entrasen en una pinaza y seis o ocho hombres particulares del lugar y seis marineros, y después de puestos en la pinaza pasó entre un tumulto de gente que allí estaba y mandó que para la defensa del corregidor y teniente general se entrasen en otro barco veinte o treinta personas, que vieses lo que pasaba, y con esto el testigo se fué en la primera con el teniente general e iban con él el licenciado García de Escalante, y el escribano, y otros hidalgos que no conoció por ser ya de noche, excepto uno que se llamaba Diego de Arce, y llegaron cerca de la villa de Puerto más hacia alta mar de por donde pasa el barco del pasaje que comunica a Laredo con la dicha villa, y en el camino el teniente general mandó que le dejaran en aquella ocasión, por lo que todos iban callando, y llegando cerca del navío unas bocas españolas les comenzaron a decir: *¿Quié va allá? ¡ah del barco!, pasen adelante que, ¡voto a Dios que si abordan que han de caer!* Y en aquel tiempo pidieron lumbré en el navío, y le dieron a un pedazo de pólvora, y entonces el teniente general dijo: *Señores, señores, óiganme vuestas mercedes, que no vengo a hacerles ofensa; miren que soy el teniente general de este Corregimiento*, a que del navío respondieron: *españoles, ea canalla que no conocemos a nadie*, y el teniente general respondió: *miren vuestas mercedes que soy el teniente general y que vengo aquí como capitán a guerra y en nombre del corregidor, y que no vengo a hacerles agravio; óiganme vuestas mercedes*. Y el barco que iba tras el teniente, llegando a él en que iba y al navío, dijo uno de los que estaban en él: *Señor, aborde*; y en la sazón se disparó un arcabuz o mosquete del navío diciendo: *pues llega canalla, llega*, y hablaban allá lengua extranjera que el testigo no la entendió por no saberla, y el barco que iba en guardia del teniente hizo demostración de querer acometer al navío, y el teniente les mandó que no lo hiciesen y al tiempo pasó mucho alboroto, ruido y voces, y el testigo se puso en la proa del barco y dijo: *señores, miren vuestas mercedes que el señor teniente general manda que se retiren, retírense por amor de Dios*, y visto que no aprovechaba y que instaban en insistir, comenzó el testigo a decir: *aquí del rey, aquí del rey*, y respondían desde el navío: *retírate, canalla, que aquí no conocemos a nadie*, y en aquel tiempo, dando una vuelta por la proa del barco francés aquel en que iba el teniente y los demás, se puso el teniente en pie y echó un bando y mandó que, pena de la vida, ninguno hablase palabra, y en altas voces dijo, levantando la vara en alto, cuatro o cinco veces: *¿conocen al rey vuestas mercedes?, ¿conocen al rey vuestas mercedes?*, y respondieron del barco en español: *no conocemos al rey ni a nadie ahora*; y mandó el teniente ge-

neral que se volviesen a Laredo a los de esta villa, y lo hicieron, y al tiempo tiraron otro tiro de tierra, adonde habían pedido favor los del navío a voces para que se le diesen los de Puerto, y oyó el testigo que se disparaban cuatro o cinco tiros, que no sabe si fué del navío o de tierra.»

Muchos años habían de pasar antes que laredanos y santoñeses dejaran de ensangrentar las aguas de la costa. Los estantes de las relatorías se van cargando de legajos que destilan odio y huelen a salitre, pero ni santoñeses ni laredanos reconocen ejecutorias, ni sobrecartas, ni autos de vista ni de revista. Todos los grados de la apelación son insuficientes para acabar con sus contiendas, y casi a diario se da entre ellos el triste espectáculo de «muertes e heridas e otros graves delitos, en desservicio de ambas majestades».

Inquirir el origen de tales odios es imposible labor. De una vieja leyenda milagrera de rencor y de muerte entre aquellas gentes, ya se había hecho eco en el siglo XIII el más ilustre de los Alfonsos de Castilla: «*Como dous maryneiros que sse querían matar en Laredo ant ó altar de santa maría, et pola ssa gran mercéé guardóós que sse non matasen, nen se feriesen*», es el título de la Cantiga CCXXXVIII del Rey Sabio.

FRANCISCO G. CAMINO Y AGUIRRE



FÁBULA DE EQUIS Y ZEDA

EXPOSICIÓN

Sobre el amor del delantal planchado
que en coincidir limítrofe se obstina
cerca del valle donde un puente ha inflado
el lomo del calor que se avecina
una torre graduada se levanta
orientada al arbitrio del que canta

Torre virtual que medra al simple tacto
y se deja inclinar si alguno piensa
gentil distribuidora del abstracto
óvalo verde de la recompensa
una tarde de esas en que sube
el caracol hermano de la nube

una tarde de aquellas sin testigo
muralla en torno de una llave inversa
en que vuela un color por todo amigo
del olivo al secreto y viceversa
sin saber —emisario a la jineta—
cuál de los polos es el de la meta

el viento que de todo hace botellas
y orejas tiernamente desdobladas
recogía su cola de ocho huellas
para entrar previo aviso de palmadas
en el cilindro liso del reducto
oloroso a clavel salvoconducto

En la almena más alta un ciervo bueno
alisaba sus cuernos y extendía
y el doble esquí nacido de su seno
con deportiva vocación lamía
como si él condujese al misticismo
la rueda en flor del analfabetismo

De punta a punta de arpa un arquitecto
recorriendo su playa infatigable
calculaba el perímetro perfecto
a puro arpegio de oro venerable
y obtenido el nivel luego al soslayo
—metro plegable— desplegaba el rayo

Flor de la brisa o fruta agraz del viento
aquí y allá giraba en engranaje
empujando con mutuo vaivén lento
mecanismos del peine y del paisaje
paisaje virginal que se desvela
a la dócil caricia paralela

Duchaba el sauce el beneficio verde
renovando su llanto meridiano
y el ciprés que de viejo el filo pierde
aprendía el dialecto cortesano
porque es común a sauces y a cipreses
nivelar presupuestos de marqueses

El arquitecto en posesión de orla
aplica ya peldaños de incremento
hacia la llama en uve de la borla
múltiple uve de alas en el viento
y con sus dedos —náufragos egregios—
de la barba se arranca los arpegios

Desde el sótano así hasta la azotea
en espiral de cláusula ascendente
una oruga dentada se pasea
por disciplina y por que nadie intente
aprovechando ausencias de algún verbo
aclimatar dentro del arpa al ciervo

Pero mientras el sol por contrapeso
al sumirse en la bolsa de conciencia
hace ascender al firmamento impreso
en ceremonia de correspondencia
y todas las estrellas salvo alguna
en columna gradual miden la luna

Y mientras van glisando los secretos
de confesión por brazos y por ríos
e ilumina los triples parapetos
la batería gris de los rocíos
su barba el arquitecto abre y bifurca
y a bordo de ella costas de arpa surca

A bordo de ella, góndola en dos puntas
góndola barba al viento que la estira
hasta llegar por láminas adjuntas
a limitar al sur con la mentira
a bordo de su barba navegaba
por el jardín de curvatura brava

(La *Fábula de Equis y Zeda* consta de tres tiempos: *exposición, amor y desenlace.*)

GERARDO DIEGO

ESTACIÓN XIV

A Luis Jiménez Asúa

Nuevo el sepulcro en roca viva abierto
es de Jesús la última morada
ofrecida por hombres ricos
que tienen sus graneros abarrotados.
El cartel afrentoso viene a cumplirse
—Jesús Nazareno *Rex Judeorum*—
porque las armas en el día tercero
te rendirán honores de Rey,
aunque no quieran.
Al caer de las manos de los soldados
toda la fuerza bruta se rinde a la Verdad.
Tu Corona de espinas corona tu pasión.
Otros reyes de barro se la pondrán de oro,
demasiado pesada con ella caerán.
Sólo Tú, Rey de reyes, con Corona de espinas,
seguirás en el reino de nuestro corazón.
En este blanco lienzo de nuestros sentimientos
envolvamos su cuerpo. Ungirle quiero
con los más ricos perfumes del mundo...
¡¡Dámelos tú, María Magdalena!!
Y quiero que mis manos lleguen
a la profunda hondura del sepulcro,
piadosas y sensibles, más que las cuerdas,
mis pecadoras manos quieren sostener el cadáver
hasta los últimos momentos.
Hombres de fe, que habéis sabido ofrecer a Jesucristo
la última morada, vuestros graneros abarrotados
valen menos que el sepulcro vacío...
¡Granero de gracia de toda la Humanidad!

ARTURO CASANUEVA

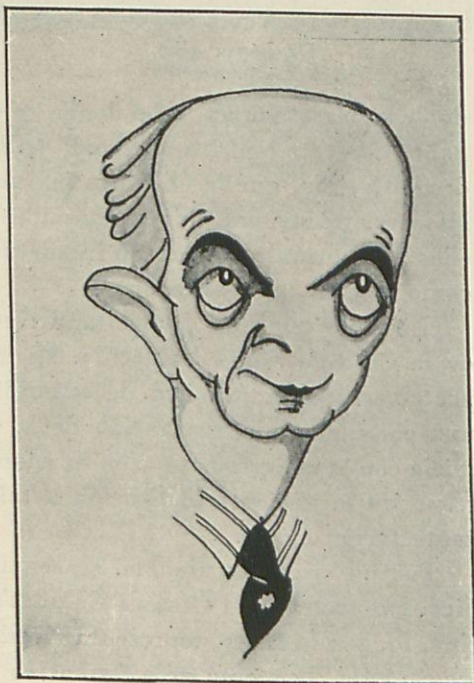
(Del *Via Crucis rojo*, próximo a publicarse.)

ACTAS DE AYER

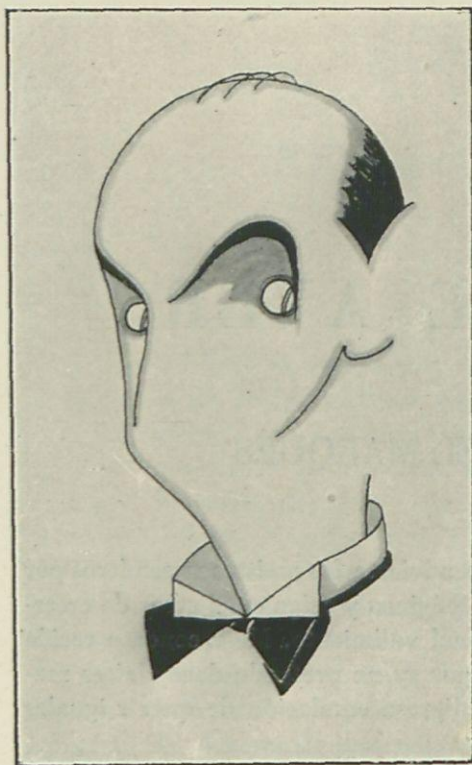
LA LECCIÓN DEL MARQUÉS

No me ciega la vanidad, a punto que no advierta los amistosos senderos por los que mi nombre ha venido a estas páginas y caiga en el error de creerme invitado a ellas por motivos de personal valimiento. Me reconozco recién llegado de la meseta hasta el borde del agua, y no pretendo darme aires marineros, ni aspiro, por inaccesible, a la peligrosa emulación de querer igualar los méritos de los colaboradores de esta revista, ni sus locales arraigamiento y prestigios. Una bondadosa invitación de José María de Cossío, me ofrece el honor de estas páginas, para, desde ellas, recoger la enseñanza que yo estime de mayor relieve, en la manifestación de cultura que ha representado el curso de lecciones dado desde la cátedra de la Casa de Salud Valdecilla.

Se ha definido como norma y lema de esta publicación el de recoger «desde Santander la vida del mundo, y desde el mundo la de Santander». Al designar para ser cronista de este momento de la vida santanderina, con categoría, no ya provinciana, sino nacional, a un desconocido hombre de la llanura, acredita Cossío su condición auténticamente castellana. Sin pasión de nacido en la meseta, es de justicia reivindicar para



Dr. Levaditi



Dr. López Albo

ella la noble condición de preparar el espíritu, forjándole abierto a toda inquietud y hostil a la limitación de ambiente. En la exuberante belleza de un valle montañoso, se cierra con perfil de cuna la línea del horizonte, cercando la vida y atándola a su encanto con el deseo de un gozar tranquilo. Para el castellano de la meseta, la altiva cumbre es un modesto alféizar, cornisa del llano, que ha de trasponer para contemplar el mar, al que sentimos intensamente, preparada nuestra comprensión por el vagar de la mirada en la lejanía del campo abierto, donde la vida es eterna interrogante situada entre el pasado que pisamos y el futuro que nos cubre.

No por un azar, fué Castilla nudo de los pueblos hispanos. Sobre su campo purificó su sol las arcillas regionales, limpiándolas de las escorias de sus partidismos localistas, haciendo

de su meseta ara y lecho donde se consagró su unión, a mayor gloria de España. Con este espíritu nacional, desligado de limitaciones locales, nos pareció, desde Castilla, que la obra del marqués de Valdecilla caía como providencial guijarro, removiendo las adormecidas aguas de la vida nacional y creando en ellas las naturales ondas de inquietud. Sólo por esto, ya merece ser acogida como lección provechosa.

No sé lo que para los santanderinos representará el curso de conferencias de la Casa de Salud Valdecilla. Mi impresión, si pretendiese darla en ese aspecto, estaría desprovista de autoridad. Para los españoles, ha representado una consoladora demostración de la cultura nacional, y una promesa que se inicia con la peligrosa atención de cuantos sienten el interés de aquélla. De cómo responda la naciente institución a tales esperanzas, sólo el tiempo podrá dar contestación exacta.

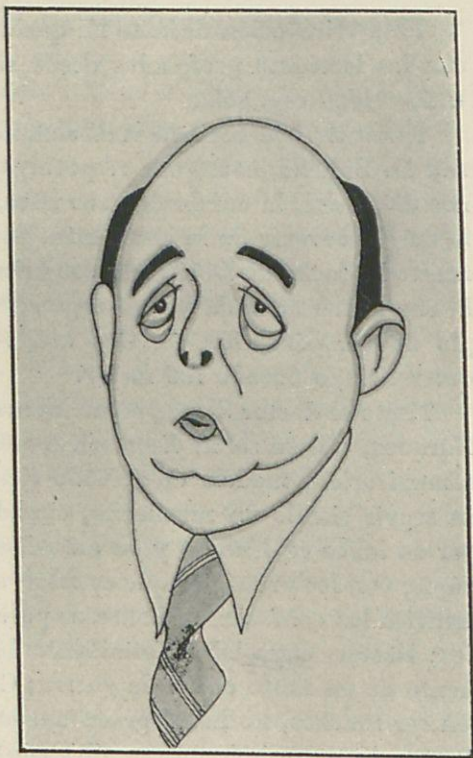
Por un error disculpable, se asimila nuestro hospital a una Facultad médica. No pretende la Casa de Salud Valdecilla ser una Facultad libre de Medicina, ni, por lo tanto, representa rivalidad de ninguna clase para los centros de ese carácter. Una cosa es la formación del médico y la colación de sus títulos, y otra la orientación especializada de su actividad profesional. Lo primero será

siempre labor controlada por el Estado; y lo segundo, privativa función de éste. La especialización sólo será eficaz si se hace sin trabas oficiales, según se pretende conseguir en la Casa de Salud Valdecilla.

Muchos hospitales españoles, como antes los de otros países, son huerto cerrado donde sólo cosecha el propio hortelano, o cuando más, su amigo y peón de confianza. La labor clínica quedaba en secreto, sin duda para darle aire de personal taumaturgia, asegurando así sus intransferibles beneficio y congrua. Los jóvenes que aspiraban a una formación complementaria, sólo tenían a su alcance una solución que los propios maestros aconsejaban como la más prudente, ya que no la más airosa para ellos: la marcha al extranjero, en busca de instituciones menos arcaicas y de contextura más comprensiva.

El hospital español dirigido por un canónigo —y tengo algún amigo que, a pesar de esa condición, ha dirigido muy inteligentemente un hospital— quedará en la historia sanitaria como especie prehistórica, felizmente extinguida, que demuestre el grado de incompreensión en que se planteaba, y desgraciadamente se plantea aún entre nosotros, la vida hospitalaria.

La moderna organización ha conquistado fuera de España todos los hospitales para la enseñanza. La acertada orientación dada a la Casa de Salud Valdecilla, no ha sido sino un rasgo de la exacta percepción con que, por su creador, se ha planteado el problema. No se trata de dar aires magistrales a sus jefes de servicio —que todos tendrían la elemental discreción de rechazar por inadecuados—, sino de aprovechar para la enseñanza todo el caudal clínico que supone un centro de esta naturaleza. Pasado el tiempo, cuando el Estado —y si no lo vemos nosotros lo verán nuestros hijos— haya nacionalizado la producción, con intervención sobre el sistema patronal entonces vigente, serán las grandes fábricas laboratorio abierto donde el joven técnico se perfeccione profesionalmente. En ese siglo de oro venidero, se recordarán con pena los años perdidos para la cultura, no aprovechando toda la riqueza que la vida enferma representa para la conquista de la salud.



Dr. Sánchez Covisa

Esta orientación docente ha quedado consagrada en nuestra Casa de Salud con las lecciones profesadas desde su cátedra por maestros destacados de la Universidad española.

Nuestra vieja Escuela vallisoletana estuvo representada por el decano Sierra. D. Salvino, como con respetuosa familiaridad le llamamos sus discípulos, nos dió, desde la cumbre de sus años, el alentador impulso de su optimismo y fe en el porvenir de la enseñanza, por cuyo mejoramiento tan tenaz y eficazmente ha luchado. Dejó atrás sus primeros ochenta años, y sigue pensando que la enseñanza es mala y que urge renovarla, perfeccionándola. Sirva su ejemplo de compensación con los pseudo-jóvenes que siguen creyendo que cualquier tiempo pasado fué mejor.

Tanto el doctor Sierra, como Hernando, con su magistral lección de cátedra; Márquez, con su sabia disertación, siempre personal y erudita; Covisa, con su comunicación, modelo de método científico; Del Río Ortega, que se empeña en seguir siendo un muchacho, cuando todo el mundo le imagina envejecido por su labor espléndida y su autoridad; Suñer, el maestro respetado; los dos Tapia, con los prestigios que aportan a su idéntico y no común apellido, y que justifica las confusiones, honrosas para ambos, en que incurren los no advertidos; Bastos, cuya labor formidable debiera divulgarse para honra suya y fomento de un santo odio a la guerra; Cañizo, al que todo su saber y autoridad, con ser muchos, no han logrado apagar toda la efusión de su espíritu juvenil, en cuyo honor quisiéramos escribir con letra roja, en las piedras de oro de la Salamanca de D. Miguel, un «victor» imperecedero; Rodríguez Arias y Medinaveitia, con su juventud prometedora y fecunda; Sayé, el fisiólogo eminente; Marañón, cuyo nombre ha rebasado sus abrumadores méritos científicos para ser expresivo símbolo de una época nacional; Levaditi, con su brillantísima lección, modelo de saber y arte de decir latino; todos, en una palabra, vinieron a Santander para prestar el apoyo inestimable de su presencia y contribución personales, en el primer acto docente de la Casa de Salud Valdecilla, declarando así la mayoría de edad de un centro apenas nacido, y al que el acierto de su orientación le da el aire viril de las plenitudes logradas.



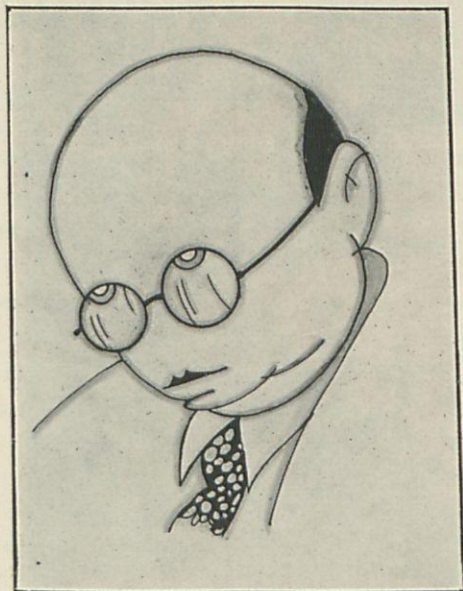
Dr. Navarro Martín

Con ser elocuentes, estas lecciones no pasaron de ser cortejo de otra de más trascendente significado: la lección del marqués.

El gesto de Valdecilla, como de Santander a Cádiz se dice, no es tanto —con ser ya singularmente excepcional que un rico sienta tan hondo la necesidad de la cultura, si ha de fomentarla a sus expensas— la donación espléndida, como el espíritu elevado que la anima, reflejo de la cultura del generoso fundador. La cultura, es cosa más elevada y de mayor depuración que la condición erudita. Cultiva su pensamiento quien en la vida logra la percepción de un bien general que excede de sus necesidades personales. El erudito puede ser —y desgraciadamente lo es muchas veces— hombre egoísta, cerrado a la angustia y dolor ajenos. El espíritu cultivado, puede no llevar el bagaje, no siempre cómodo, de una erudición, pero tiene la sensibilidad agudizada para mejor percibir el carácter universal de la vida y sus deberes con la sociedad. El marqués de Valdecilla y la marquesa de Pelayo —y vaya mi compasión para quien vea en mis palabras lisonja—, completando en forma magnífica la idea inicial de unos buenos montañeses, entre los que es de justicia destacar el nombre de la condesa de las Forjas de Buelna, han dado a España la lección inaugural insuperable de su Casa de Salud. Por bien de la Patria, hemos de desear que su gesto tenga ese carácter de ejemplo y no sea manifestación singular de una cultura y desprendimiento excepcionales y únicos.

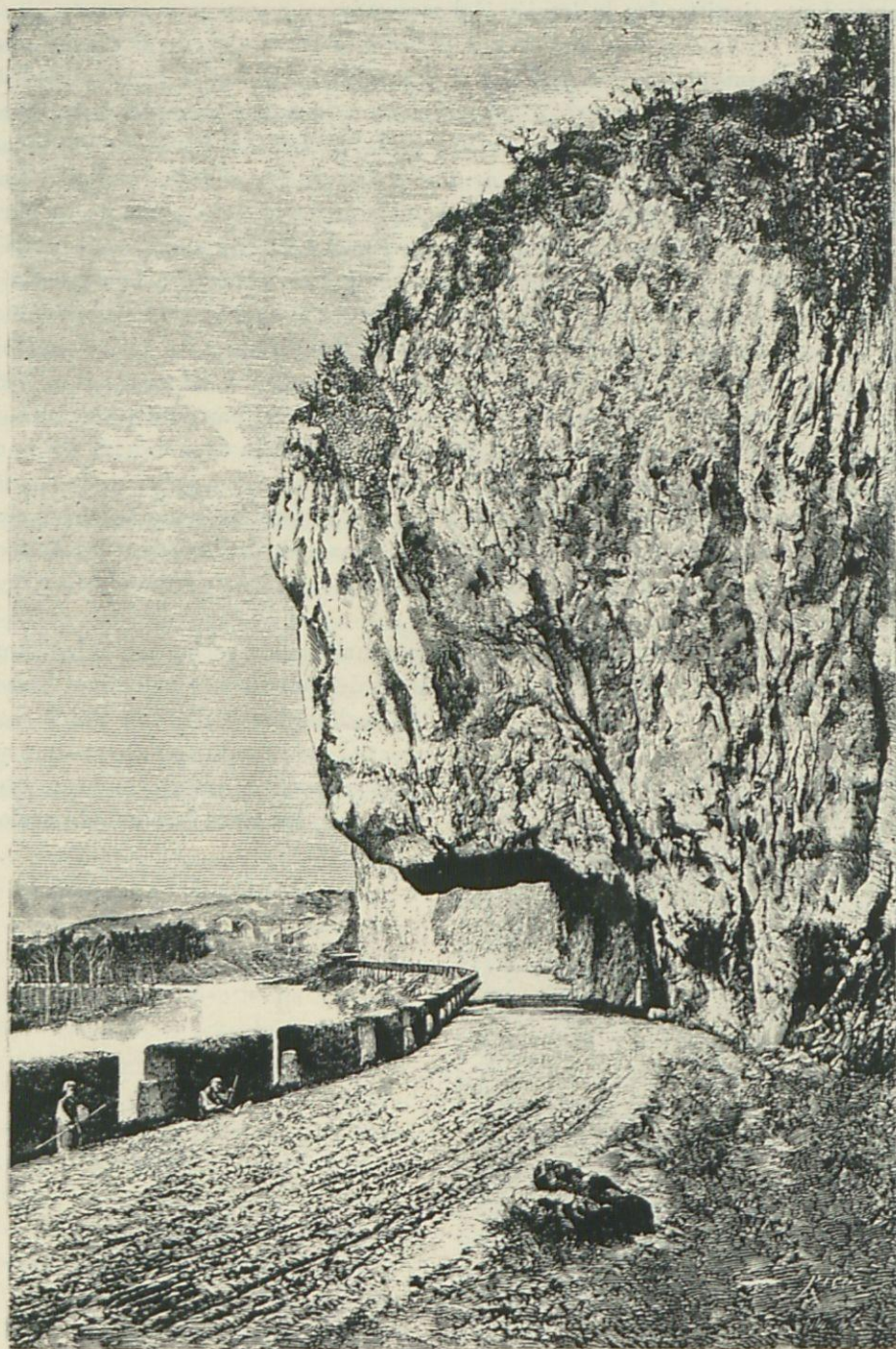
Cuantos pensamos que la propiedad tiene una función social que la legitima, y sin la cual no pasa de ser un despojo legal del patrimonio colectivo, hemos de inclinarnos ante tan noble conducta, repitiendo palabras que ya hemos escrito anteriormente: «por esta vez, los ricos han sabido serlo».

EMILIO DÍAZ-CANEJA



Dr. Sayé

(Caricaturas de APELES)



LA PEÑA DE CARRANCEJA

La «peña» es un ente vivo en el espíritu del pueblo montañés. Se le atribuyen categorías de ser humano, con una vida trascendente y superior. Son como dioses que sienten, gimen y gritan, como grita la Peña de Oreña cuando se riza el vendaval en sus senos anchos y robustos.

Para acabar de ser entes humanizados, los dioses de piedra no viven solamente. También mueren, y al morir se transforman, con un proceso metempsíquico, yendo a habitar otros cuerpos con otro nombre. Murió una peña, bella y blanca, tersa y magnífica, sobre el Deva, y se transformó en lágrimas. Las lágrimas de San Pelayo, en la hoz de la Hermida, donde vive el alma de la peña blanca.

La peña Mellerá, que destila miel; la peña Rubia; la peña de Bejo, alta y morena, coronada del haya gentil; la peña Sagra, signada por una cruz sobre la cal de una ermita; la peña Rocías, como un menhir entre encartados, vascos y trasmeranos; la peña Escrita; la peña Cabarga, horadada por trenes rojos, trenes de copla. Peña de Vendejo. Peña de la Ventosa, donde «pedían misericordia» los franceses acosados por los guerrilleros lebaniegos.

Y la peña de Carranceja, con una diadema de laureles silvestres, con su espejo de linfas en el vaso sagrado del Saja. Aquella peña sí que era una cosa viva y era un dios. No un dios mayor de la mitología pirenaica rupestre, como Peña Sagra, sino un dios penate, familiar y simpático, fácil de tratar, con el que uno se rozaba amigablemente, a poca costa.

A la peña de Carranceja le llegó la hora de morir, de transmigrar. Se venía preparando desde milenios para el «tránsito». Su día estaba señalado, y llegó, despacio y solemne, silencioso y mayestático. Gimio la peña por la entraña, dobló la frente poderosa y se hundió en el espejo. Y el espejo se rompió en millones de estrellitas relucientes. La cabellera de laureles silvestres perfumó las aguas del viejo río cantábrico. Al otro lado de la calzada hay ahora unas pie-

dras rotas, sanguinolentas. Y en el sitio donde estaba sujeta la peña hay un tajo como de cuello cercenado.

La peña de Carranceja había sido apresada por los lápices de dibujantes de varias generaciones, por los kodaks de mil turistas. Había sido percutida por los martillos de los geólogos y hurgada por el espéculo de todos los arqueólogos.

Por el oeste de la peña corría una cornisa orientada a la umbría y horadada de espeluncas hondas y misteriosas. Allí vivió acaso el primer hombre, que grabó en su sensibilidad el paisaje aquel, luego repetido en la retina de la especie hasta formar telón de fondo y referencia para nada menos que toda una raza de hombres.

De aquella cornisa parecía salir aún un aliento cálido y húmedo. Pero toda la fisiología del monte era regida por la peña, abombada como un cerebro. Ahora el paisaje, decapitado y yerto, tiene una dramática soledad. Ni hombres ni bestias huellan la galiana pegada al cornisón. Dentro de pocos días, la pareja de malvises buscará como loca aquel laurel elegante donde anidaba.

Es necesario llorar la muerte de la peña, regar sus restos con las líricas lágrimas de un responso literario. Aquello ya no es. Con los siglos nacerá otro mito, y el alma de la peña, transmigrada, tendrá una expresión nueva en las peñas que hoy son de sangre todavía y serán luego también de laureles.

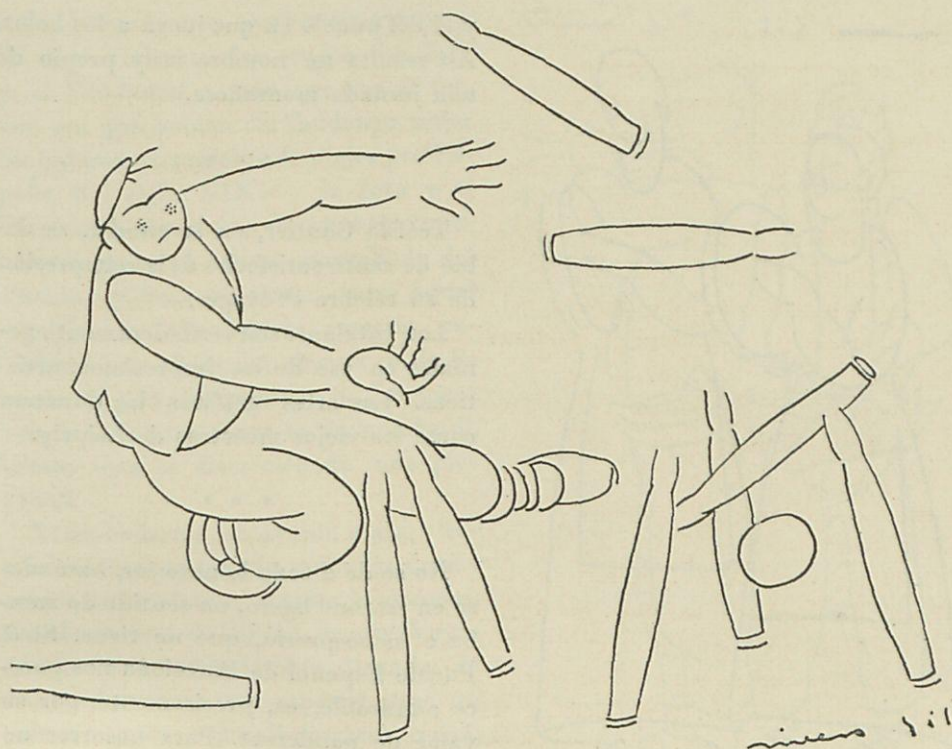
Otra pareja de malvises hará su nido en el laurel que nazca de las semillas aventadas por el drama geológico. Sobre los campos de batalla y sobre los calvarios, el tiempo coloca un sudario vivo, lleno de gérmenes, y la vida se sucede en ellos sobre la misma muerte.

Nuestras peñas cantábricas, altas, coronadas de

«auras de libertad, tocas de nieve»

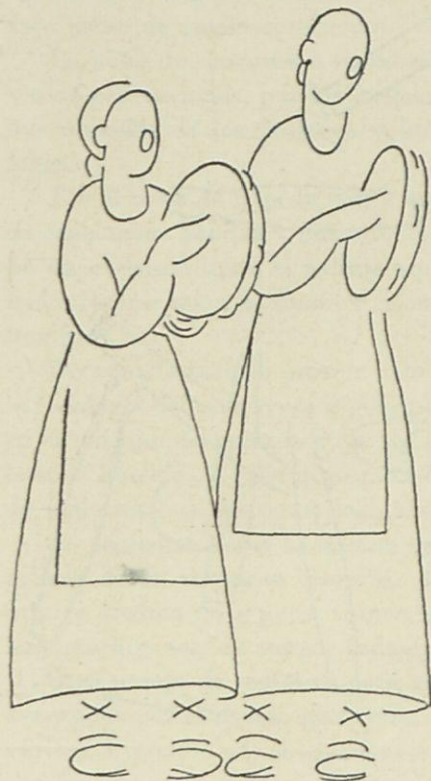
han sentido el escalofrío del drama al llegarles, lejano y patético, el grito de muerte de la peña de Carranceja. Era como la hermana menor, a quien la gran tribu de peñas había puesto allá abajo, cerca de los hombres, para que no olvidaran que eran hijos del Monte. El Monte, el gran dios cantábrico, padre de las peñas; el Monte nutricio de las gentes nórdicas, desde los días temblorosos y recién nacidos, tiernos y frágiles, de Altamira...

VÍCTOR DE LA SERNA



JORNADAS MONTANESAS

El Pueblo Español de Barcelona es ni más ni menos que el «Viaje por España», de Teófilo Gautier. El libro ha sido reimpresso en estuco catalán y en recios sillares de tramoya. Pero a la nueva edición le faltaba una lámina: «Chants et danses de la Montagne de Santander». A llevar tal lámina y a interpolarla en la lujosa encuadernación salió de nuestro pueblo un tren especial. El tren llevaba un rótulo: «Jornadas Montañesas». La lámina compendia todo lo que reúne nuestra comarca de pintoresco: indumentaria ya caída en desuso, y que por eso tiene calidades de indumentaria de museo; divos del cante regional; parejas de panderetas y bailadores; cuadrillas de danzantes, y hasta unos estilizados jugadores de bolos. Al frente de los estilizados jugadores iba el más estilizado de los señoritos de pueblo: D. Darío, de Puente San Miguel, pues, como a los varones de la antigüedad, hay que llamarle con su nombre de pila



y el del pueblo en que juega a los bolos. Así resulta un nombre muy propio de una jornada montañesa.

* * *

Teófilo Gautier, en su tumba, se debió de sentir satisfecho de la reimpresión de su célebre «Voyage».

Los catalanes son verdaderamente geniales en eso de las impresiones artísticas. Las artes gráficas las dominan como los viejos maestros de Leipzig.

* * *

No se dé a todo lo anterior, basándose en su tono ligero, un sentido de zumba o menosprecio, que no tiene. Si el Pueblo Español de Barcelona nos parece admirable, es, precisamente, por su valor de pandereta. Para nosotros no hay fórmula de arte más lograda que la fórmula de pandereta. La pandereta es tan superior a la mezquina realidad,

como el drama romántico a la comedia de costumbres de nuestros días. Aunque, bien mirado, pandereta y realidad no son términos antitéticos, como algunos suponen. Pandereta es todo lo que queda del limón después de exprimido y arrojada la cáscara, es decir, zumo. La pandereta es lo que queda vivo de un pueblo después de eliminado todo lo útil.

Todo lo pintoresco de la pandereta existe en el país, aunque confundido con otras cosas. Y el arte de la pandereta es un arte de selección, y como cosa de selección, el Pueblo Español de Barcelona es algo admirable.

Las jornadas montañesas intercaladas en el recinto de ese Pueblo constituyen la pandereta de Santander. Una pandereta que resultó también preciosa.

* * *

Nos punzaba un poco el temor, antes de franquear el portón de la torre de las nobles murallas de Ávila, de que los cantos de nuestros marzantes y la danza bélica y primitiva de los mozos de Ruiloba pareciesen descoloridas entre aquellos chafarrinones brillantes de Andalucía y Aragón. En la lámina monta-

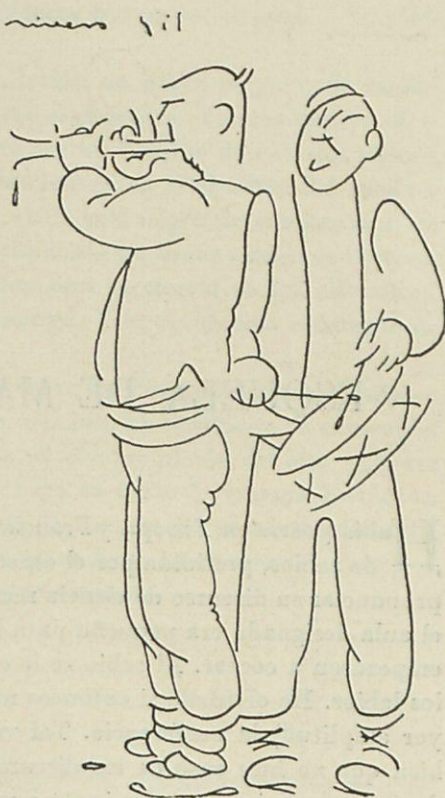
ñesa, por razones temperamentales y de clima, faltaban los crudos. La Jota y el Fandango —¡hay que ver el fervor con que hablan del fandango todos los autores extranjeros de viajes por España del siglo XIX!—; la Jota y el Fandango, repetimos, resonaban victoriosamente en el recinto amurallado del Pueblo. ¿Cómo se oirían entre aquel estrépito las tonadas de romería, carentes hasta ahora del altavoz de la literatura, y el monorritmo de los pica-yos, hechos para sonar en un porche de iglesia con la discreción de una plegaria?

Y, sin embargo, se oyeron clara y rotundamente, apagando todos los demás ruidos y los demás acordes regionales. En el concurso de láminas de este «Voyage» gauterresco, la lámina llevada de Santander en un tren especial ganó un primero o un segundo premio, quizá. Algunos de los señores del Jurado catalán, finos catadores de estampas pintorescas, ponían en duda si el lauro le merecían Santander o Valencia; pero eran muchos los que se pronunciaban en favor de la lámina santanderina. En «El Mati», el gran diario de lengua catalana, una figura relevante de las letras de Cataluña hacía el elogio de nuestros cantos, de nuestra música, de nuestras danzas y de nuestros trajes. Sí, de nuestros trajes, porque hubo también una melodía de color a base del blanco de los pantalones de Cicero y de los corpiños rojos de Ruiloba. La Montaña triunfó hasta en lo que nadie sospechaba: en los colores a la aguada de la lámina campesina. Nuestro gris, como fondo, dió un resultado sorprendente.

* * *

La pandereta montañesa puede sonar en todos los pueblos españoles del mundo, y todos los nuevos Teófilos Gautier contarán con esa pandereta cántabra, de parche duro y de rodajas de latón, cuando quieran escribir nuevos «Voyages en Espagne».

José del RÍO SÁINZ



ESQUELA DE MADRID.—«ANDRENIO»

Había guerra en Europa, y Francia mandó cruzar los Pirineos a una Comisión de sabios, presidida por el espectro de Bergson. Uno de estos señores iba a pronunciar su discurso de ciencia recreativa en la Universidad de Madrid. Como el aula designada era pequeña para la desmedida aglomeración, los estudiantes empezaron a cocear. Al sabio se le cayeron los lentes, se le cayó la palabra de los labios. He olvidado si entonces mismo fué trasladada al Paraninfo (por mayor amplitud) la conferencia. Tal vez lo fué la siguiente. Pero recuerdo muy bien que no hice caso de los discursos, ocupado en la próxima contemplación de dos personajes sentados junto a mí: la condesa de Pardo Bazán y D. Eduardo Gómez de Baquero. «Andrenio» inclinaba el busto latino en ademán de escuchar, como siempre. Era la suya una inclinación orgánica de hombre que atiende (de hombre atento). Una inclinación que tenía algo de reverencia del dieciocho, y que en aquellos momentos se duplicaba entre el cuchicheo de la condesa y la tesis del catedrático francés. La ilustre gallega reaccionaba con gesto hirsuto, disconforme, y sus impertinentes golpeaban con mucha llaneza el hombro azul marino de D. Eduardo. (Yo asociaba recuerdos infantiles: la muerte de Isabel II, la Coruña —el Relleno, la rúa Nova, el teatro-circo, Emilia Pardo Bazán, el cine de Lino—, Kuropátkin, el «alma rusa» traducida al francés, los tomos color ladrillo de «La España Moderna», «Los Lunes del Imparcial»...)

* * *

Las bibliotecas de los casinos españoles se crean con fines misteriosos. Suelen ser monumentales, de gran decoración, como esas chimeneas que no se encienden nunca. Pero si se trata de un club rico son, además, confortables, densas de alfombras, opulentas de radiadores en invierno, frescas de penumbra

en verano y, naturalmente, con unos babilónicos butacones de club... Su soledad es legendaria.

Muchas crónicas de Gómez de Baquero traían un hálito singular de biblioteca de casino. Dicen que lo que está fuera, eso está dentro. Yo creo que, en efecto, se es lo que se parece. El gran periodista era un hombre de exterior pulcro, bruñido, lleno de reflejos: en el cristal de sus lentes, en el almidón del cuello y la pechera, en la piel ebúrnea de su calva, en la piel negra de sus zapatos, en la concha rosa de sus uñas. Su figura pequeña tenía un breve empaque cortesano, y eran tácitos sus pasos de hombre que ama el césped de las alfombras. La mirada, indagadora y suave al mismo tiempo. Y la reverencia constante de quien escucha...

El sutil «Andrenio», que mueve su estilo sobre las cuartillas blancas, solo en la cabecera de la gran mesa, en la biblioteca del club, ha cambiado su casaca del dieciocho, llena de precaución y reserva, por un chaqué liberal del año ochenta que no disfraza la hechura francoespañola bajo su corte levemente británico. No se trata de una evolución tardía: se trata de un retardo absoluto, definido. De un empalme anacrónico. ¡Ese chaqué ya no se lleva en el mundo! Pero don Eduardo Gómez de Baquero sabía ser siempre elegante.

Hasta con chaqué liberal.

* * *

Ha muerto en la calle de la Libertad, donde vivía, el gran periodista, el hombre atildado, como su prosa de academia real. Era el cielo una lente azul cuando le llevaron. Apagado de reflejos, menuda sombra de angustia y pantopón.

RAMÓN DE LA SERNA

LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

LA REVISTA DE SANTANDER quiere dar desde aquí la bienvenida a cuantos libros traigan en su intención o en su tono, en sus temas o en sus autores, una alusión a nuestra tierra y a nuestra cultura. Sección limitada por el afecto, rincón para las fiestas familiares, íntimas, de conterráneos, recatado refugio de nuestras expansiones de montañeses.

Sabemos bien que este fragmento de cultura literaria no es sino eso: un trozo de la cultura general, no siempre el más selecto y casi nunca el más trascendental. Por

ello, a esta aportación modesta corresponde el cariño, la interpretación afectuosa, la expansión cordial. Y este rincón de las páginas de nuestra revista, el más recolecto y alejado, como sellando con la pasión por nuestra tierra los periódicos vuelos de nuestra curiosidad.

ANDRÉS MANUEL CALZADA Y LUYA SANTA MARINA.—ESTAMPAS DE ZURBARÁN.—Otro libro de arte, desinteresado y sin concesiones para más que el arte mismo, del que cabe la mitad de la responsabilidad, que aquí es honra, a un montañés ilustre, alejado geográficamente de nosotros, pero más que nunca unido por el afecto a su tierra: Luya Santa Marina. Ya en esta misma *Editorial Canosa*, de Barcelona, nos había dado sus *Labras heráldicas*, en que la caricaturizada vanidad montañesa por el blasón se resolvía, merced a comentarios felices, en categoría de arte y de historia acreedora al respeto. Con la misma dignidad editorial aparecen estas «Estampas de Zurbarán», encuadrada la vida y la obra del pintor maravilloso (el más maravilloso de los pintores españoles, es decir, que pertenecen antes a España que al mundo) en un cúmulo de alusiones al momento histórico, referidas al arte literario su contemporáneo, espigadas posibles afinidades con almas escogidas de su tiempo. Un acierto cada paralelismo, cada alusión, cada evocación. Calidades propiamente montañesas en Luya Santa Marina, en lo que la Montaña ha tenido siempre de tradicional, pero no como culto al muerto pasado, sino como incorporación a nuestro espíritu y a nuestra sensibilidad de lo que del pasado no merece morir. Bella obra que define la personalidad de Luya Santa Marina, destacadísima en las generaciones que van pasando de nuevas a fresca y jugosa madurez. Igualmente interesante la obra de su colaborador. En el mismo tono de acierto y decoro formando perfecto acorde.

12 VIÑETAS, POR VÍCTOR DE LA SERNA.—Doce viñetas dibujadas con minuciosidad amorosa por la ágil pluma de Víctor de la Serna. Interpretación sutil, rasgueo cuidado y preciso, zumo de nuestra tierra y de nuestra cultura, en paisajes y en monumentos, en hombres y en costumbres. Doce cuadros rescatados a la fugacidad de la hoja diaria, absorbente, y subrayados por el lápiz fraterno de Ricardo Bernardo con estilizaciones afortunadas de temas manoseados irreverentemente por lápices costumbristas. Resumen de jornadas periodísticas en que los posos de la actualidad se irisan a la luz —y a la sombra— del libro.